

**LOS CUENTOS  
DE TÍA NONO'  
PARA NUESTROS NIÑOS**



**M. L. SMITH DE LOTTERMOSEER**

LOS CUENTOS DE TIA NONÓ

María Louisa P. de Lettermoser.



# Los Cuentos de Tía Nonó

para

Nuestros Niños

por

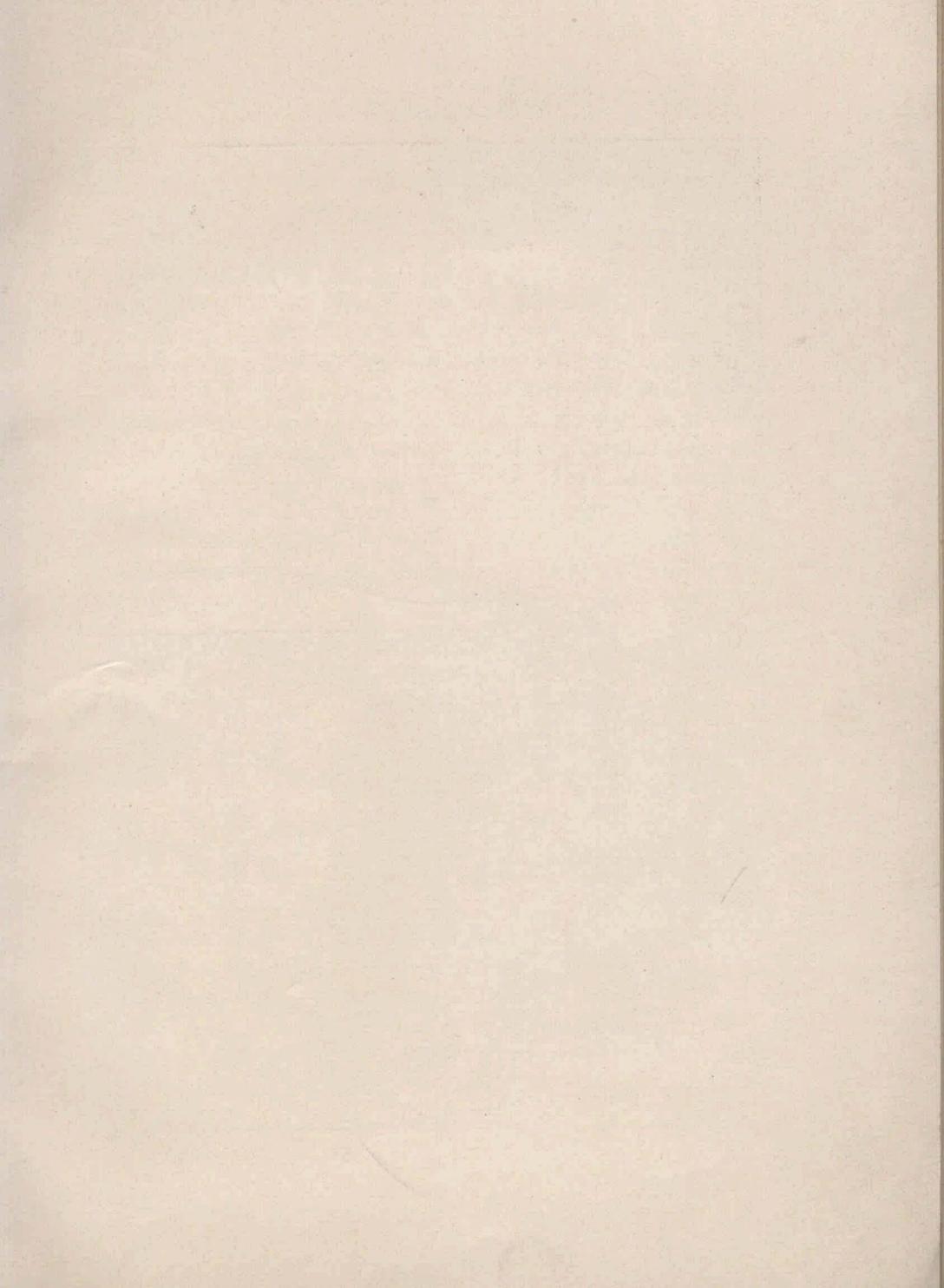
M. L. Smith de  
Lottermoser



B U E N O S      A I R E S  
M      C      M      X      X      X      I

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS







—¡Cholo! ¡Cholo! ¡No te vayas! ¡No me abandones!

## Dina y su perro

**D**INA es la niña más alegre de cuantas viven en la playa de los pescadores y sin embargo, no ha conocido los sombreros que lucen las niñas de la ciudad, ni los zapatitos de charol, ni la melenita o los rizos a la moda. Su negra, sedosa y ondeada cabellera, cae en dos trenzas hasta la cintura ostentando un pañuelo verde que anudado en la nuca, sirve de marco a una carita risueña de labios de coral, donde siempre asoman unos dientes blancos y nacarados que son un encanto y un tesoro. Concluyen de hermostearla, un par de ojos pardos y brillantes y unas mejillas más encarnadas que una manzanita carmín.

Unas veces de azul, otras de rojo, Dina; descalza o con zuecos; encanta y enamora a cuantos tienen la fortuna de conocerla.

¿No la conocen Vds.? Pues bien, reside con su padre y su abuelo en una humilde casita que deja asomar por las ventanas unos cuantos tiestos de geranios, claveles y pensamientos, que Dina riega cantando al atardecer, mientras su perro, el lanudo Cholo la contempla meneando la cola con satisfacción.

Tanto su padre, como su abuelo, son los pescadores más venturosos del lugar, porque su barca tiene la suerte de llegar siempre a la playa cargada con una pesca abundante y selecta; y en su casa, todos ríen y cantan.

Una tarde, Dina olvidó de regar las flores, que se inclinaban mustias esperando a la niña.

¿Qué hacía Dina mientras tanto?

Junto a una roca, alejada de su casita, miraba y miraba el anchuroso mar, frunciendo sus ojos pardos. Dina ya no reía, por-

que la barca de su padre y su abuelo, no había llegado a la hora de costumbre. Y así pasaron las horas, sin que la graciosa niña apartara la mirada de aquellas olas, esperando a cada instante distinguir las velas de la querida embarcación. Llegó la noche, asomó la luna; pero nada, nada se sabía de su padre y su abuelo.

Las familias de los demás pescadores quisieron llevar a Dina a sus viviendas, para que tomase algún alimento; pero, la apesadumbrada niñita levantaba los ojos llenos de lágrimas y sacudiendo lentamente la cabeza decía:

—No, no . . . muchas gracias. Son Vds. muy buenos . . . voy a permanecer aquí, un ratito más . . . déjenme sola . . . me acompaña mi perro Cholo.

Los hombres, las mujeres y los niños, al comprender la pena de Dina, se retiraron sin insistir, yendo a sus casitas cabizbajos, dispuestos a sentarse a la mesa, pues la cena ya los aguardaba.

Dina comenzó entonces a caminar de un lado para otro sobre-cogida por la impaciencia . . . cuando Cholo, que no se separaba de su lado, se arrojó al mar.

La niña aterrada corrió hacia la orilla gritando:

—¡Cholo! ¡Cholo! ¡No te vayas! ¡No me abandones! ¡Sola, sola y desamparada!

El perro al oír sus exclamaciones, regresó junto a la niña, quien con el agua hasta las rodillas lo aguardaba, sujetándolo al punto, para que no se le fuese a escapar de nuevo; pero Cholo, tomándola de la pollera con los dientes, la tironeó arrastrándola hacia el mar.

—¿Qué quieres Cholo? ¿no ves que me arrancas el vestido? ¡Malo Cholo! . . . repetía Dina, dándole palmadas sobre el lomo.

El perro, sin obedecerla, se arrojó de nuevo al agua.

Dina comprendió que su perro la quería llevar consigo y concluyó por echarse también al mar. Como la niña era una nadadora excelente, pronto alcanzó al perro que seguía nadando mar adentro.

Después de un buen rato, Cholo enderezó hacia una playa, seguido por Dina, donde las olas, yendo y viniendo parecían llevarlos a la orilla, levantándolos y hundiéndolos continuamente. Por último, gracias a la luz de la luna, Dina observó que Cholo ya estaba sobre la playa junto a un bulto oscuro. La niña llegó nadando casi sin fuerzas, mientras el perro se le acercaba de nuevo tironeándola del vestido, hasta conseguir que se aproximara al bulto aquel. Dina, con la boca semiabierta y los ojos desmesuradamente abiertos, alcanzó a distinguir el cuerpo de dos hombres que parecían dormidos sobre la arena y a quienes Cholo lamía y olfateaba desesperado.

Al instante reconoció a su padre y a su abuelo. Llorando los cubrió de besos y al notar que no se movían, ni le respondían, miró en derredor en demanda de auxilio.

Entre las rocas alcanzó a distinguir una luz; quiso entonces dar un paso, pero cansada de tanto nadar, sin haber probado bocado esa tarde, no pudo conseguir que sus piernas le obedecieran,

Mirando el lugar de donde procedía la luz gritó con las pocas fuerzas que le quedaban:

—¡Socorro! ¡Auxilio! . . . pero su débil vocecita se perdió entre el ruido de las olas que jugueteando alcanzaban ya sus rodillas.

Cholo, pareció adivinar lo que deseaba su amita y sentándose a su lado comenzó a ladrar. Al punto, vieron que se aproximaban tres hombres, que por su traje, parecían pertenecer a la marina.

Dina que se había echado junto a su padre, se levantó diciéndoles:

—¡Pronto, pronto! . . . ¡Ayúdenme a despertarlos!

Los marinos cargaron con los pescadores y sostuvieron a Dina para que emprendiese la marcha hasta la casa donde brillaba la luz.

Una vez ahí, envolvieron a la niña en una manta, secando sus

ropas junto al fuego, mientras le preparaban una buena taza de café con leche.

El padre y el abuelo, atendidos cuidadosamente por los marinos, pronto recobraron el conocimiento y al abrir los ojos miraron en derredor.

—¡Dina! ¡Dina! — balbuceó el abuelo.

La niña al oírlo saltó de la silla, exclamando:

—¡Abuelito, aquí estoy! . . . Cholo . . . Cholo . . . fué el que me trajo nadando hasta su lado.

Al poco rato, los marinos, la niña y el perro, rodearon a los pescadores dispuestos a escucharlos. Estos, contaron cómo la barca se les había incendiado cuando se hallaban mar adentro y cómo el abuelo, envuelto entre el humo había caído al agua seguido por su hijo, el padre de Dina. Al final, suponían que las olas los habían llevado ya sin fuerzas, hasta esa playa. La niña, a su vez, relató cómo había nadado conducida por Cholo, quien gracias a sus ladridos había atraído la atención de sus salvadores.

Dina concluyó por dormirse junto a los pescadores y al perro. Al amanecer, despertó sonriendo dispuesta a emprender viaje a su casita.

Los marinos encantados los llevaron en una embarcación blanca y ligera como una paloma.

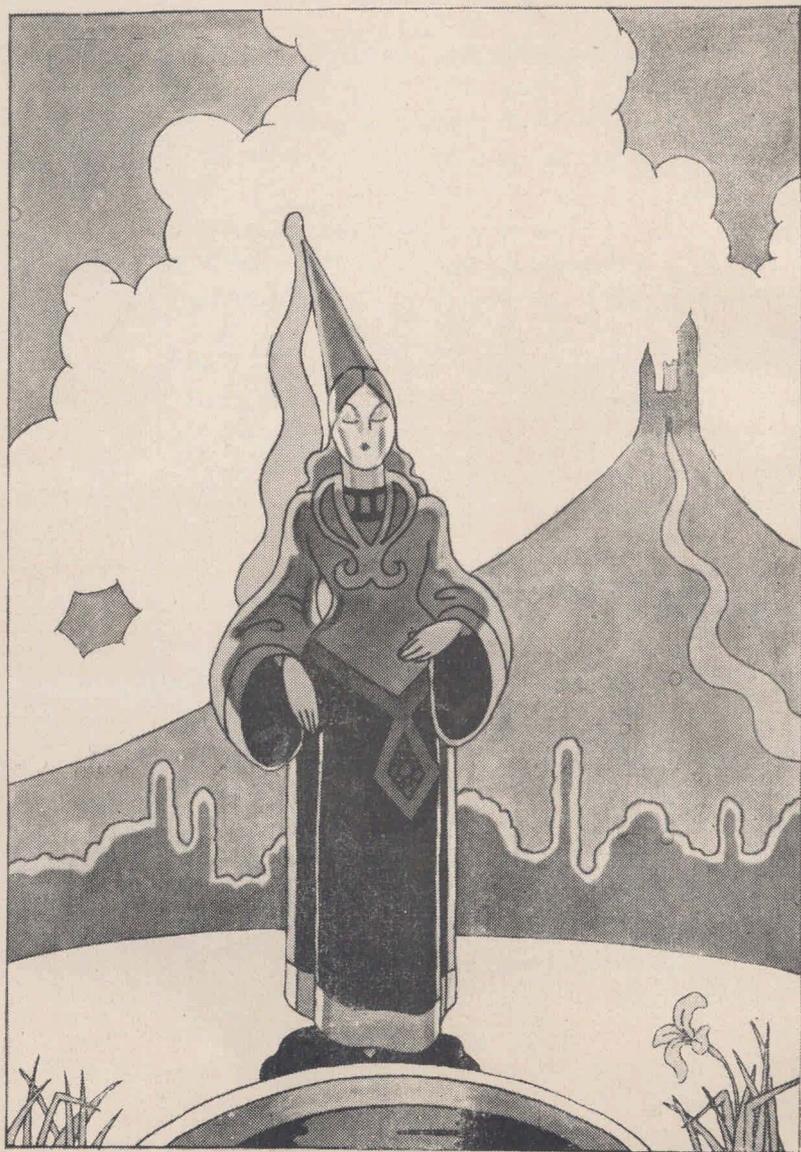
Con sus ahorros, los pescadores hicieron construir otra barca más linda y más graciosa que la primera; a quien todos conocen ya con el nombre de "Cholo", porque así la han bautizado y así luce el nombre con letras blancas en medio de su color azul.

Los que como yo la han visto, preguntan:

—¿Por qué se llamará "Cholo"? ¡Qué nombre tan raro! . . .

Y entonces no falta un marino comedido, una mujer o un niño que cuente la historia de Dina y su perro.





La Reina desconsolada lloraba todas las tardes sobre el sitio donde había desaparecido Ondina.

## Elda y Ondina

Si encuentran unas barrancas cubiertas de margaritas, verán alzarse entre la blancura de tantas flores, un hermoso palacio. Ahí vive la Reina Elda; joven preciosa de rubios y ondeados cabellos que, al despertar con el canto de los pajaritos, llama a las damas de la Corte para que la engalanen con ricos encajes color de cielo y zapatitos brillantes como espejos.

Un buen día, el Rey preguntó:

—¿Por qué la Reina ya no sonrío cuando le ofrecen dulces y frutas en fuentes de cristal?

Las damas se adelantaron y con voz suavecita respondieron:

—Majestad, la Reina ya no sonrío porque desea una princesita encantadora que cante y salte por los salones y los jardines del palacio.

El Rey quedó pensativo un momento y luego dejó a las damas que continuasen tejiendo y bordando sus vistosos mantos con hebras de oro y seda.

Esa misma noche, queriendo dar una sorpresa a la Reina, el pícaro del Rey se escondió entre las tupidas margaritas del jardín y poco a poco descendió por la barranca, hasta llegar al lago de "Los encantos".

Contempló entonces las aguas transparentes y con voz melodiosa cantó a las ondas, diciéndoles:

—Mi palacio es muy grande, la Reina es muy linda, sus amigas muy buenas; pero, hace falta una Princesita que sonrío, que cante y que juegue.

—¿Una Princesita? — preguntaron las ondas yendo y viniendo —. Es algo muy fácil; mañana a esta misma hora, escolten a la Reina hasta las orillas del lago y la sorprenderemos con una nena divina que será la alegría del palacio y de sus contornos.

El Rey soñó esa noche con una princesita más hermosa que todas las hermosas.

Al día siguiente: el Rey, los pajecillos, la Reina y las damas de la Corte, salieron a pasear por las orillas del lago de "Los encantos" por invitación de Su Majestad, el Rey.

Al anochecer, la luna iluminó con su plateada luz, aquellos floridos jardines, mientras la Reina Elda se entreténía arrojando bizcochos al millar de pececillos, rojos, dorados y azules que nadaban inquietos en las transparentes aguas del lago.

De pronto, oyóse una música celestial, que no era más que el vaivén de las ondas en su afán de complacer a la Reina. Todos callaron, como para escuchar lo que aquella música quería expresarles. La Reina sintió entonces que sus pies se humedecían hundiéndose en la arena, bajó los ojos temblando de espanto y . . . ¡cual no sería su sorpresa! Abrióse la arena dejando asomar una niña encantadora envuelta entre tules color de cielo, que al levantar unos ojos brillantes como estrellas y azules como záfiro, miraron afectuosamente a la Reina, exclamando:

—¡Mamá, mamita! — La Reina la besó con ternura y al levantarla en sus brazos ordenó que todos regresaran al palacio.

Al día siguiente, las campanas de los alrededores repicaron sin cesar: tan, tan, din, don, tan, tan, una y cien veces, anunciando la llegada de la deseada Princesa.

Naturalmente, el palacio estuvo de gran fiesta y las damas coronaron a la niña con guirnaldas de margaritas, llamándola: Ondina.

Los servidores del reino se apresuraron a felicitarla con infinidad de regalos que la Princesa recibía sonriendo, al dar las

gracias con su boquita más roja que las mismas guindas y más fragante que las rosas.

Pasaron los días y la Reina Elda sentíase la más feliz de las reinas, al ver que tenía una hija tan linda, tan buena y tan alegre como Ondina.

Una tarde en que paseaban recogiendo flores para adornar a los corderitos, Ondina se alejó saltando hasta las orillas del lago de "Los encantos" al perseguir las mariposas que revoloteaban en torno de una y otra plantita. La Reina la contemplaba con orgullo, cuando . . . ¡qué horror! Abriase la arena y Ondina desaparecía de golpe, sin proferir un ¡ay! . . .

Todo fué inútil, cerróse la arena y ni un vestigio de la Princesita pudo encontrarse, a pesar de los esfuerzos que la Reina Elda había hecho en aquel momento, al arrojarse al suelo para abrir con sus manos el suelo que así había tragado a su hijita.

Por orden de Su Majestad, el Rey, todos los servidores cavaron pozos profundos para encontrarla, aunque de nada les sirvió.

La Reina desconsolada lloraba todas las tardes sobre el sitio donde había desaparecido Ondina. Al cabo de una semana, vió que ahí mismo se alzaba una flor gallarda y fragante como un lirio. Se acercó entonces muy quedito y oyó que una voz le decía: Has llorado con tanto dolor, que tus lágrimas al regar continuamente este lugar, han concluído por hacer crecer una flor.

La Reina le contestó:

—He llorado en verdad. He llorado por Ondina. ¿Qué me importa de la flor?

—Si quieres ver a tu hija — respondiéronle — sigue a la flor hasta el palacio que se encuentra bajo las aguas del lago.

La arena se abrió de nuevo, dejando entrever una escalerita alfombrada con hojas aterciopeladas.

Elda siguió a la flor, hasta encontrarse en un palacio de cristal lleno de hadas y mariposas.

La flor la llevó hasta un estanque donde Ondina navegaba sobre una enorme rosa-té, arrastrada por un cisne blanco. Al verla, la Reina lanzó un grito llamando a la Princesa, quien saltando del barquito, abrazó a su mamá llenándola de besos.

En eso, salieron del estanque tres hadas encantadoras que cantando le dijeron:

—Somos las reinas del lago de “Los encantos”. Tú fuiste una ingrata con las ondas, quienes obedeciendo a la voz del Rey, te regalaron una Princesa.

Contenta y orgullosa, jamás te acordaste de dar las gracias a las ondas, ni con una flor, ni con una sonrisa. Si quieres estar con Ondina, no puedes volver a tu palacio; tendrás que permanecer aquí, regando las plantas, despertando a las flores y haciendo dormir a las mariposas. Si vuelves a la tierra, seguirás siendo Reina, pero no volverás a ser la mamá de la princesita.

—¿Qué prefieres? ¿Ser reina o no separarte de tu hija?

Elda se arrancó la corona y corrió para abrazar a Ondina.

—No hay palacio, no hay tesoro, no hay nada más lindo que mi hija — dijo. —. Prefiero vivir a su lado en una choza, que sin ella en el palacio más rico del mundo.

Al ver que la Reina Elda era una buena mamá, las tres hadas del lago de “Los encantos” la acompañaron con Ondina hasta la escalerita de hojas aterciopeladas para que volviese a reinar en su palacio.

Las ondas del lago regalaron muchos príncipes y princesitas a la buena Reina Elda, quien sigue y seguirá reinando en aquel palacio que se levanta entre las tupidas barrancas de margaritas.







—¡Arriba Dita! ¡Muy buenos días! ¡Te espera el desayuno!

## La princesa desaparecida

La encantadora reina Biti descansaba entre almohadones de fino terciopelo esperando el chocolate que le servirían los pajecillos del reino. Como estaba sola, sacudió las campanillas de oro con que acostumbraba llamar a su hijita; la generosa y rubia princesa Dita.

Aunque las campanillas sonaban y sonaban. Dita no aparecía.

Acudió entonces la servidumbre y la reina ordenó que todos se pusieran en campaña en busca de la princesa. Unos corrieron por los jardines y otros treparon a los árboles; espantando a las mariposas, abejas y hormigas, destruyendo los nidos, alborotando a las tiernas avecillas y deshojando las fragantes rosas: pero . . . Dita no estaba en el jardín.

Otro tanto ocurría en el palacio; los pajes y las damas sacudían los regios cortinados, abrían los cofres, quebraban los jarrones de frágil porcelana y todo era inútil. . . Dita no aparecía.

La reina Biti lloraba; sus lágrimas habían empapado ya, cien pañuelitos de riquísimo encaje. El gato maullaba tanto, que los ratones en sus cuevas bailaban de contento.

Llegó la noche; tan sólo se oyó entonces el sonido de los cascabeles que adornaban los petizos de la carroza que traía al príncipe Mito, hermano de la princesa.

El príncipe llegó como siempre, travieso y juguetón. Saltando de la carroza, en cuatro brincos estuvo a la entrada del palacio.

Pero ¿qué ocurría? Ya no había luces, todo estaba obscuro.

Mito tembló de espanto, pero al punto recobró su serenidad, pues era el valor en persona.

Sus brillantes ojos relumbraron en la obscuridad e iluminaron la entrada. Corrió hacia las habitaciones de la reina madre y la encontró sin sentido, tendida sobre un sofá; sus manos blancas estrechaban con fuerza un medallón que encerraba el retrato de Dita. Por más que Mito llamaba, nadie le respondía.

El príncipe corrió entonces a la alcoba de su hermanita . . . pero también ahí . . . la soledad y el silencio.

“¿Que hacer? ¿Llorar? No, no, los hombres y los valientes luchan” — dijo para sí Mito.

De rincón en rincón, de mueble en mueble, de planta en planta, el príncipe, por más que buscaba y revolvía, nada lograba hallar.

Abandonó entonces el suntuoso palacio y se dispuso recorrer los lugares que Dita acostumbraba a visitar, como ser: el estanque de los cisnes negros, el bajel de los marinos bravos, la cabaña de los pescadores, la roca de las cascadas . . . pero . . . todo fué en vano.

Por último, al recorrer la playa del caudaloso mar, notó que sobre la arena brillaba algo raro. Acercóse y . . . ¡oh, sorpresa! descubrió la bolsita de malla, donde la princesa llevaba siempre moneditas para los niños pobres. Mito miró en derredor, pero nada nuevo encontró.

Sentóse sobre una roca para reflexionar y oyó entonces que el mar en cada ola le decía:

—Acércate. Si adivinas lo que dicen nuestros cantos, te entregaremos a la princesita.

Mito respondió con amargura:

—El cariño a la princesa y la atención con que siempre he escuchado las enseñanzas de mis padres y de mis mayores, harán

sin duda que logre adivinar todo lo que el mar con sus olas me cante.

Las aguas enfurecidas creyeron burlarse de Mito y así cantaron:

“Encerrada, encerradita  
Ella se suele asomar;  
Pero, está tan atadita  
Que no se puede escapar.”

El príncipe reflexionó un minuto y contestó a las olas:

—No hay nada tan encerrado, tan sujeto y que guste asomarse, como . . . ¡la lengua!

—Muy bien — dijeron las olas — veamos ahora:

“Entre curvita y curvita  
Un hilito apareció;  
Y despacio, despacito,  
Un redondito formó !  
Entre paseo y vueltita  
El redondito rodó,  
Y despacio despacito  
La Tierra se lo tragó.  
Pero pronto, muy prontito  
El hilito apareció,  
Y de nuevo el redondito,  
El redondito brilló.”

Mito volvió a reflexionar sobre lo que acababan de entonar las olas y miró al cielo para suplicar a las estrellas que lo ayudasen. En eso, distinguió un hilito de plata que brillaba entre curvita y curvita. Con sorpresa, halló la solución a la adivinanza propuesta y exclamó: ¡la luna!

Las olas lo felicitaron y luego con cierta tristeza, murmuraron:

“Las plantas en primavera  
Con ellos se cubrirán,  
Y en la parte delantera  
Los trajes los llevarán.”

Mito pensó en sus plantas y mirándose el traje, conforme a lo que acababa de oír, contestó al punto:

—No hay duda, son . . . ¡los botones!

Las olas se agitaron y en tumulto respondieron cantando:

“La princesita es tuya  
Es tuya la princesita.”

Mito saltó de la roca y aproximóse con alegría a la orilla, para recibir a Dita. Con sorpresa notó que las olas bañaban sus pies y sin saber cómo, dejaban una barca de corales rojos alfombrada con aterciopeladas hojitas verdes de un tono muy obscuro, que a no dudar, eran musgos sedosos hijos del mismo mar. Entre almohadones de variados colores formados con algas marinas se destacó la rubia cabellera de la princesita.

Las olas parecieron decir: ¡Adios! Retiráronse poco a poco, dejando a los niños en medio de una anchurosa playa.

Amanecía. Mito no pudo oír lo que las olas murmuraban. Besó a la princesa, quien extrañada se incorporó exclamando:

—Buenos días Mito.

Nadie le respondió. Dita se encontró en su dormitorio y en su cómodo lecho. Al cabo de unos segundos, oyó sorprendida la voz afectuosa de su mamá, que le decía:

—¡Arriba Dita! ¡Muy buenos días! ¡Te espera el desayuno!

Dita es una niña como todas; de vez en cuando come muchos bombones y eso le ocurrió el otro día. Soñó entonces todo lo que acabo de contar, despertando precisamente cuando creía estar sobre un lecho de coral.





Un marinero sosteniendo al "Moro" que parecía querer escapar...

## El "Moro" mascota

—Chalito está desesperado porque se ha quedado sin el perro — me decía su buena mamá.

—¡Ah! . . . si es por eso, puedo regalarle uno — le contesté.

—¡Imposible! . . . ninguno puede ser como el "Moro" de nosotros.

—¿Pero qué tiene de raro su "Moro"?

—A propósito: ahí viene Chalito. Dígale que le cuente quien es el "Moro".

—¿Cómo te va, Chalito? — dije, saludando a un niño de doce años, de cabellos rubios ensortijados, de ojos azules inteligentes, una boca lista para sonreír y una expresión . . . ¡tan simpática! que ha bastado para conquistarle el cariño de cuantos lo tratan.

—Me ha contado tu mamá — proseguí — que te has quedado sin el "Moro" otra vez. Podrías decirme ¿qué es lo que ha pasado?

—Con el mayor gusto — replicó Chalito —. Hace un par de años, una noche serena de verano; papá, el "Moro" y yo, salimos a tomar fresco. A medida que nos acercábamos al río, quedé maravillado al ver brillar algo así como un palacio en medio de la obscuridad. Por entre sus puertas y ventanas, distinguí los sillones, las mesas, las plantas y la gente que andaba de acá para allá. Fueron llegando poco a poco una cantidad de automóviles de donde bajaban: hombres, mujeres y niños cargados con sus maletas, los que entraban a ese palacete por un caminito angosto. ¡Cómo me hubiese gustado entonces visitarlo! ¡Lo veía tan brillante y tan

alegre! De pronto sonó un silbato ronco y el precioso palacio fué desapareciendo y desapareciendo, hasta perderse como un montón de puntitos luminosos.

Aquello, no era un palacio como a mí me pareció, no era más que un barco.

En eso me acordé del perro y, al no verlo, comencé a llamar: ¡Moro, Moro! ¿dónde estás? Desesperados buscábamos al animal; pero . . . ¡nada! se nos había perdido.

De pronto oímos una voz que decía:

—¿Qué buscan? ¿Un perro negro y lanudo?

—¡Sí, sí! ¿Dónde lo ha visto? ¿le ha ocurrido algo? Hable señor ¡por favor! ¿dónde está mi perro?

—No se aflija niño, — me respondió un marinero —. Ví al perro en el vapor y creí que fuese de alguno de los pasajeros. Pero no se preocupe porque se lo cuidarán muy bien.

—¿Qué dice? ¿Moro subió al palacio? Pero . . . pero se ha ido . . . ¿no lo veremos más?

Así diciendo me eché a llorar. Naturalmente que papá me consoló al ver que no había remedio, diciéndome que volveríamos al puerto de vez en cuando, donde encontraríamos al perro, tarde o temprano.

Y así corrieron dos años, hasta que el otro día sentí que un perro ladraba con desesperación tras mío. Dí vuelta con curiosidad y . . . cual no sería mi sorpresa al ver que se acercaba un marinero sosteniendo al “Moro” que parecía querer escapar de la cadena a que lo tenía sujeto.

Corrí entonces para abrazar a mi perro . . . sí . . . ¡mi perro al fin! . . . Este saltaba meneando la cola y me miraba con alegría y tristeza a la vez. Pedí al marinero que me acompañase y, una vez aquí, nos dijo que no podría volver al vapor sin el perro, por más que yo fuese su dueño.

—¿Y por qué? — le preguntamos papá y yo —.

—Porque es la Mascota del barco — respondió.

—¿Qué dice? ¿Mascota? ¿Qué es eso? — pregunté asustado con miedo de que se llevase al "Moro".

—Digo Mascota — agregó el marinero — porque es la suerte de la embarcación; si el vapor hace el viaje sin el perro, los marineros se sentirán molestos creyendo que les va a ocurrir algo terrible, como ser: un choque, un incendio, un naufragio causado por temporal, una guerra, una peste o algo peor.

—¿Y por qué tiene que ser mi "Moro" la Mascota? ¿por qué no le dice al Capitán que busque otro animal? — agregué con enfado.

—¡Ah . . . niño! — interrumpió el buen hombre —. Porque este perro apareció en el barco cuando no lo esperábamos, la noche que Vds. lo perdieron. Después de unos días de navegación, como no tenía dueño, ladraba mucho. El Capitán ordenó que lo arrojasen al agua. Yo me compadecí del animal y al ver que luchaba con las olas, me olvidé de todo y salté al agua para salvarlo. El Capitán y los marinos me miraban espantados desde el vapor y al instante me arrojaron un bote salvavidas para que salvase también al perro. Así volvimos al barco y desde entonces, el animal no se ha separado de mi lado. Los marineros nos recibieron con aplausos y el Capitán me estrechó la mano diciendo:

—Si has expuesto tu vida en peligro por salvar a un perro sin defensa, eres un hombre bueno. Comprendo que procedí mal al abandonar ese perro al furor de las olas, donde tendría que luchar con el hambre hasta ahogarse irremediamente. Me has dado una lección, enseñándome que debí proteger al animal que la casualidad trajo a este barco. Por él hemos sabido que hay entre nosotros un hombre valiente que en el momento del peligro será la salvación del vapor como lo fué del perro. Desde hoy — agregó el Capitán — este animal será la Mascota de la embarcación y mientras esté con

nosotros, estaremos seguros que nada malo puede ocurrirnos.

Después que así hubo hablado el Capitán, los marineros más viejos tenían los ojos llenos de lágrimas y los más jóvenes, daban vivas al Capitán, al perro Mascota y a su servidor — me dijo el marinero haciendo una reverencia, para agregar luego —. Como Vd. vé, niño, este animal es el mimado de la embarcación y no podría volver sin él.

Chalito se detuvo un momento al relatarme todo esto, hasta que yo me atreví a preguntarle:

—¿Y qué hicieron con el perro?

—¡Ah . . .! — contestó Chalito — Yo no tuve corazón para reclamárselo al marinero que lo había salvado de las olas exponiendo su vida. Le supliqué que regresase a bordo con el “Moro” y toda vez que llegase a nuestras playas, no dejara de hacernos una visita con el perro Mascota.

Yo comprendí entonces que Chalito tenía razón y que ningún otro perro podría ocupar el lugar de su “Moro”.

El “Moro” estará hoy, sin duda, en viaje hacia otras tierras como centinela y suerte del barco que navega seguro sobre las olas llevando un marinero tan bueno y tan valiente como el salvador del perro de Chalito.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



Las señoras encargadas de otorgar el premio observaban a las niñas.....

## El gran premio

Hace algunos años, se preparaba una gran fiesta en uno de los principales teatros de la ciudad de Buenos Aires; a la que podrían asistir todas las niñas que así lo desearan: pobres y ricas, rubias y morochas, altas y bajas, gruesas y delgadas, malas y buenas. Era lo que se llama: un concurso de belleza, donde otorgarían un premio a la más hermosa.

Como las mamás quieren mucho a sus hijitas, piensan naturalmente, que no hay nada más precioso; así es que se prepararon para presentarlas al concurso, seguras de obtener el premio.

En una de las casitas más humildes del barrio de Flores, vivía Rosita Pérez con su mamá. Rosita era una pequeñuela de ocho años, que vestía siempre delantal blanco, zapatitos ingleses y medias cortas.

Con su cabello rubio partido al medio; dos trencitas a los lados de su rostro fresco, gordito y rosado como una manzana y un par de ojazos más azules que el mismo cielo, salía por las tardes a repartir la ropa planchada que su mamá preparaba con mucho esmero para las familias más conocidas del barrio.

Pues bien, dos días antes del concurso de belleza, Rosita entró a la quinta de los Palacios y Castillos para hacer entrega de un canasto de ropa. Al cruzar el jardín, tropezó con la hija de la dueña de casa; una encantadora criatura de semblante pálido,

ojos oscuros y brillantes como las estrellas, labios rojos como la granada y rulos más negros que el mismo azabache.

—Buenos días Esther — díjole Rosita con voz muy dulce.

—¿Esther? Pero dime . . . ¿no sabes que me llamo Clelia, María Esther, Zulema, Sara, Dora Palacios y Castillos — contestó la vanidosa niña.

—¡Son tantos nombres! Sucede que a veces estoy tan atareada, que al pasar, me sería imposible detenerme para saludarla — agregó con timidez Rosita.

—¿No sabes que ganaré el primer premio de belleza? — dijo echándose para atrás la linda porteña.

Rosita sonrió entonces, contestando:

—¡Qué fortuna! ¡Cómo me gustaría verla ese día!

—Es lo de menos; díle a tu mamá que la entrada es gratis, que te lleve al teatro pasado mañana a las cuatro y desde el fondo, podrás admirarme cuando me pasee por el escenario.

Rosita prometió asistir. Entregó la ropa y regresó, saltando a su casa.

Al entrar, encontró a su mamá planchando; llena de gozo batió palmas exclamando:

—¡Mamá, mamita! ¿Me llevarás pasado mañana al concurso de belleza?

La buena señora abrazó a su hija y con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—¡Pero Rosita! . . . ¡No tienes más que dos delantales y las otras niñas estarán tan paquetas!

Eres más buena y más linda que las demás, pero si no luces un traje hermoso, talvez no te permitan pasar al escenario.

—¡No, mamita! Yo sólo deseo que me lleves para contemplar desde lejos a la hija de los Palacios y Castillos, quién recién acaba de decirme que ganará el primer premio.

—¡Ah! si es por eso, con el mayor placer y . . . no dudo que lo ganará ¡es tan linda! ¡la visten con tanto gusto!

Rosita durmió sonriendo, al pensar en Clelia, María Esther, Zulema, Sara, Dora Palacios y Castillos.

Mientras tanto, en la mayor parte de las casas de Buenos Aires, no vivían más que pensando en los trajes, los zapatos y los moños con que engalanarían a las niñas para llevarlas al teatro el día del concurso.

Por último, llegó la deseada fecha. ¡Qué alboroto! De los tranvías, de los coches y de los automóviles, descendían las niñas como muñecas encantadas, entrando al teatro seguras de obtener el premio.

Llenaron el escenario con mariposas de vistosos colores y hubiese sido difícil decir cual era la más hermosa.

En eso, apareció Clelia, María Esther, Zulema, Sara, Dora Palacios y Castillos, deslumbrando a todas las demás.

¡Qué vestido! Una profusión de hilos dorados brillaban constantemente, dándole el aspecto de un verdadero sol. En la frente lucía una diadema de topacios que irradiaban luces de todos colores. No era una niña, era un hada. Todos retrocedieron dando paso a la maravilla que se adelantaba como un pavo real.

Mientras, Rosita la observaba desde lejos con el corazón rebosando de alegría.

De pronto comenzó la música y las señoras encargadas de la fiesta colocaron a todas las niñas en orden.

En el centro de la escena se destacaba una mesa cubierta con una carpeta de felpa verde, sobre la que se veían las cajas que encerraban los premios. A decir verdad, todas las aspirantes lo merecían, pues sus caritas eran ¡tan encantadoras y tan angelicales!

El teatro estaba lleno de gente. Las señoras encargadas de

otorgar el premio observaban a las niñas tratando de descubrir a la más hermosa.

De pronto ¿qué sucede? . . . alarma general . . . Clelia, María Esther, Zulema, Sara, Dora abalanzándose sobre la niña que se hallaba a su lado, porque le había dado un pisotón sin querer, la arañó desesperada, prendiéndose de sus cabellos.

El pavo real se había convertido en una gata furiosa. La otra devolvió los manotones, defendiéndose como pudo. Las mamás acudieron presurosas para separarlas, pero . . . ¡nada! . . . sacudían las piernas, apretaban los dientes, se tironeaban de los rizos y se arrancaban cuanto adorno guarneecía sus vestidos, con los rostros encendidos como las guindas.

En eso, una niña con dos trenzas y un delantal planchadito, más blanco que la nieve, apareció exclamando:

—¡Esther! ¡Esther! — interpúsose entre las dos combatientes, susurrando muy bajito:

—¡Estás horrible, Esther! ¡perderás el premio! ¡el premio!

Al instante, las fierecillas se apartaron dejando frente a la concurrencia a la generosa Rosita, quien con los brazos extendidos hacia los lados, parecía querer impedir a todo trance, que se volvieran a encontrar.

Una sonrisa iluminó su carita humilde, linda y bondadosa, que se destacaba en medio de dos trenzas por encima de su planchado delantal blanco. Las personas que llenaban el teatro, aplaudían con entusiasmo a la niña y pedían a gritos que le otorgasen el primer premio.

—¡La de las trenzas! ¡la del delantal! — exclamaban en coro. Las señoras no tuvieron más remedio que obedecer al público. Tomando una muñeca divina, una medalla y un gran ramillete de flores, se lo entregaron a Rosita Pérez, diciendo:

—¡A la más linda y más modesta de las niñas porteñas!

—¿Para quién, señora? — preguntó Rosita extrañada —. Debo acaso entregar esto a Clelia, María Esther, Zulema, Sara, Dora Palacios y Castillos? ¡Qué suerte! ¡Qué contenta estará! Bien me decía que obtendría el primer premio.

—No querida. Esto es para tí sola. No son los adornos los que te han embellecido, tu sonrisa no miente, eres buena y las buenas son siempre hermosas.

El teatro entero aplaudió a Rosita que no alcanzaba a comprender lo que pasaba a su alrededor.

Empezó el desfile. La niña premiada con las manos llenas, no sabía como dar las gracias a todos los que la acariciaban. Buscando con los ojos a su mamá, la alcanzó a distinguir detrás de una cortina con el rostro bañado en lágrimas.

—¿Te has enojado mamita? ¿Hice mal?

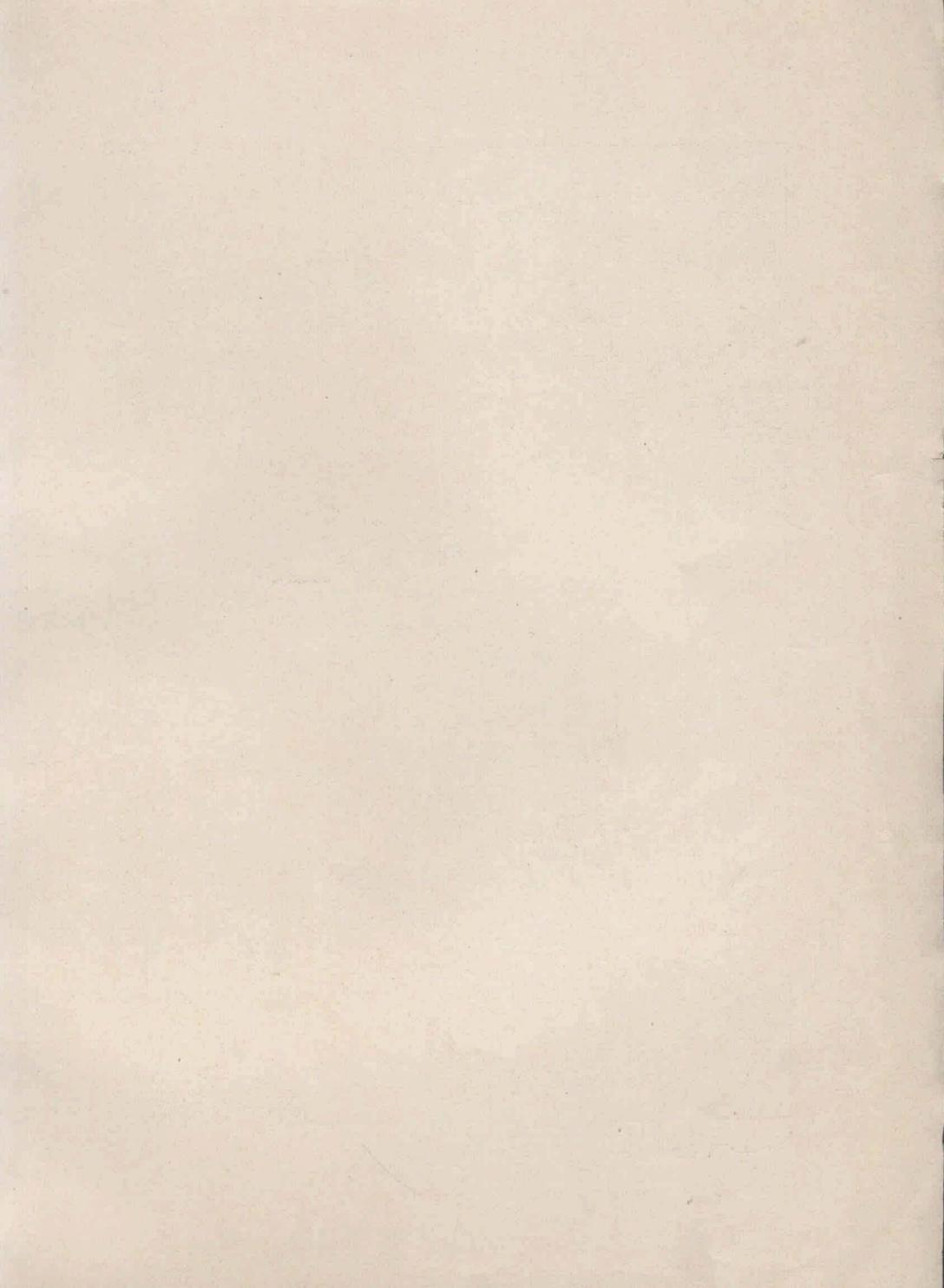
La mamá, por toda respuesta la abrazó con ternura y, al querer salir del teatro, todos la volvieron a rodear para felicitarla por su hijita.

Sin saber cómo, subieron a un precioso automóvil ofrecido por una señora muy rica, quien las condujo hasta su pobre casita en Flores.

En cuanto a Clelia, María Esther, Zulema, Sara, Dora Palacios y Castillos, no volvió a enfadarse, recordando siempre aquella carita limpia, sonriente y cariñosa que obtuvo el primer premio en el gran concurso de belleza.









—¡El dragón!—exclamó aterrada Beatriz...

## El dragón del bosque

En los alrededores de un pueblito muy alegre, contaban que vivía un dragón enorme, capaz de tragarse a los mismos leones que se le acercaban.

Lo cierto es que descansaba bajo los frondosos árboles sin hacer daño a los hombres que iban al bosque en busca de leña. En cambio, cuando veía una niña, comenzaba a rugir, corría tras ella destrozando las plantas y hasta los troncos con el movimiento de su cola inmensa. Las chiquillas del pueblo le tenían un miedo horrible y ni siquiera pensaban pasar por las cercanías del bosque.

Un día brillante de sol, Aurorita invitó a sus compañeras a jugar bajo la sombra del árbol corpulento que se elevaba a la entrada del temible bosque. Contentas y bulliciosas, las niñas corrieron a divertirse en derredor del árbol generoso.

—¿A qué jugaremos? — preguntó la picaruela Beatriz.

—A las lavanderas — respondió Aurorita, la rubia más señora del grupo.

—¡No, no y no! — agregó Lilitiana -. Sería más lindo treparse a las ramas y jugar a las calesitas, mientras Cocó canta como el organillo.

—Pero ¡qué tontas! — exclamó la negrita Flora —. ¿Por qué no jugamos al lobo . . . ¿estás?

—A la mancha, chicas — se oyó que decía la regordeta Nita.

Que nó, que sí; que a esto, que a estotro, el caso es que Aurorita triunfó. Una vez que hubo colocado a sus amiguitas en rueda, comenzó a cantar con su vocecita de ángel:

“Las lavanderas en la batea  
Ponen la ropa para lavar,

Así la enjuagan,  
Así la tuercen . . .”

En eso se oyeron ruidos extraños que partían del bosque. Las diminutas lavanderas suspendieron el juego y, las bocas entreabiertas, los ojos brillantes como estrellas y las mejillas más encarnadas que las mismas cerezas, miraron espantadas en dirección al bosque, sin saber qué hacer.

—¡El dragón! — exclamó aterrada Beatriz.

Una cabeza enorme se acercaba echando chispas, aturdiendo con sus rugidos la tranquilidad del lugar.

—¡Al árbol! — gritó Aurorita.

Sus compañeras la imitaron, trepando con una ligereza insospechable por el tronco del árbol centenario.

Ocultas entre las hojas, como pajarillos temerosos, las niñitas se acurrucaron entre las ramas sin atreverse a pestañear.

El dragón avanzaba lentamente, mirando a uno y otro lado con sus ojazos de fuego.

Al llegar al árbol, la rama en que se sostenía Aurorita se quebró de golpe, dejando caer a la niña sobre el lomo del dragón.

Cocó, Liliana y Nita se cubrieron los ojos con sus delicados dedos, mientras Beatriz y Flora gritaban con desesperación.

El dragón fué desapareciendo poco a poco, entre una nube, hasta quedar convertido en un viejecito de cabeza blanca. Sonriente y con expresión bondadosa se acercó a Aurorita, quien, sin saber cómo, se hallaba sentada sobre el césped, suponiendo que el dragón había huído al bosque. Sus amiguitas descendieron del árbol, anhelando correr lo más pronto hacia sus casas. Al oír que el anciano las llamaba, se detuvieron:

—¿Y el dragón? — preguntó Liliana.

—Soy yo . . . — respondió el viejecito.

—¡Usted! . . . ¡qué horror! — exclamaron las niñas.

—Sí queridas. Jamás podré pagar el bien que acaba de hacerme Aurorita.

—Pero señor . . . usted debe estar soñando — dijo la aludida —. ¿Qué es lo que acabo de hacer?

—Me has desencantado. No temas al dragón; ya ha desaparecido para siempre.

Las niñas tomaron asiento sobre el mullido césped y el anciano, apoyado contra el árbol dijo en voz baja:

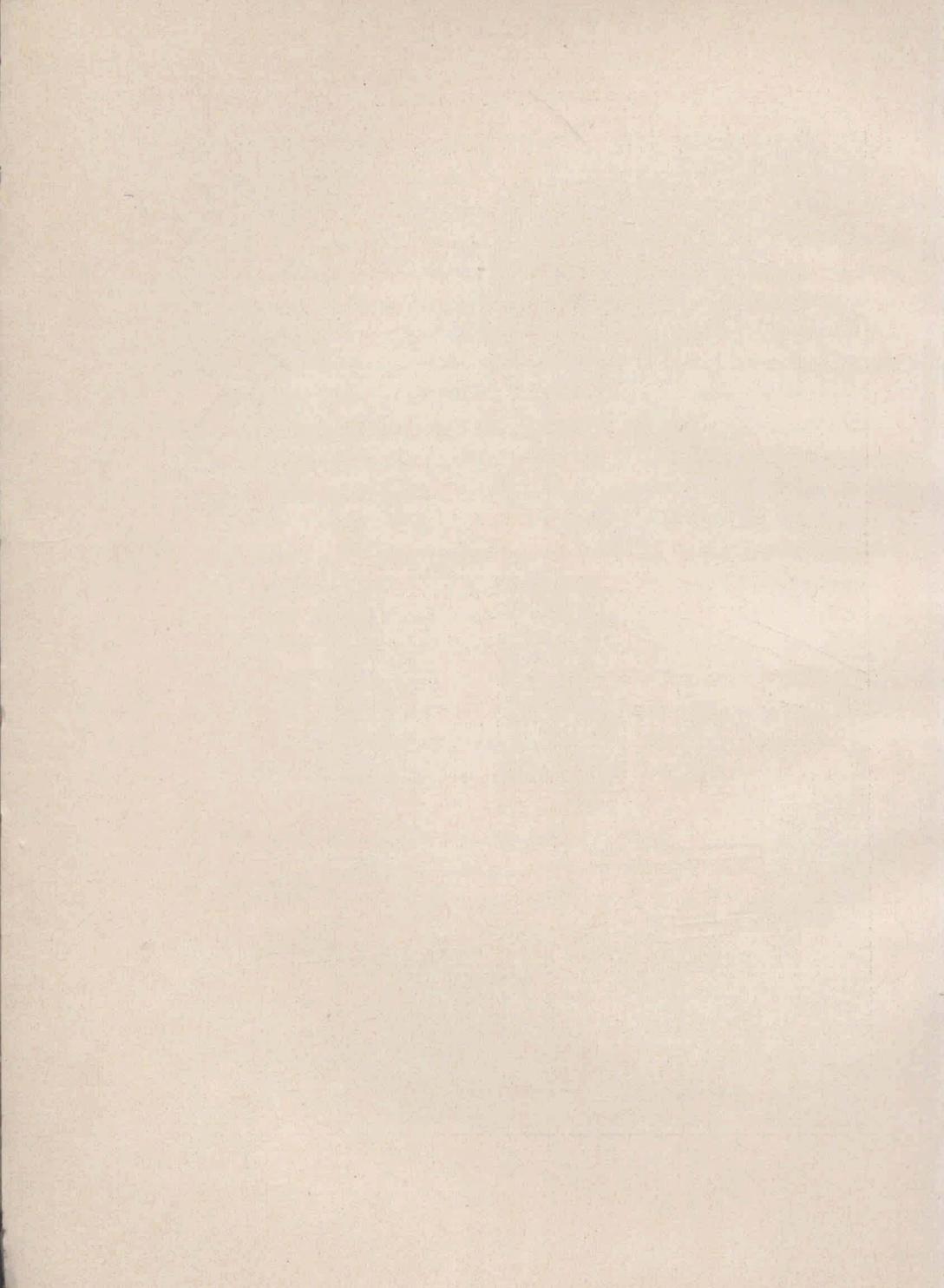
—Hace muchos años, yo era un jovencito travieso y perezoso que correteaba por el bosque haciendo daño a los pajaritos y a las flores. Un día se me acercó una anciana advirtiéndome que si no dejaba en paz a los nidos de las tiernas avecillas, me castigaría. Yo me eché a reír y trepando al primer árbol que hallé a mi paso tomé los huevecitos de un nido encantador. Al bajar, la viejecita me tomó de un brazo y rozándome con una rama, dijo: — “Quedas convertido en dragón del bosque para que todos huyan de tu lado espantados, hasta el día que la mano de una niña, se pose sobre tu cuerpo horroroso”. Desde entonces quedé transformado en dragón y por eso, cuando veía a las niñas, me acercaba ansioso tratando de que me palpasen, sin pensar en dañarlas.

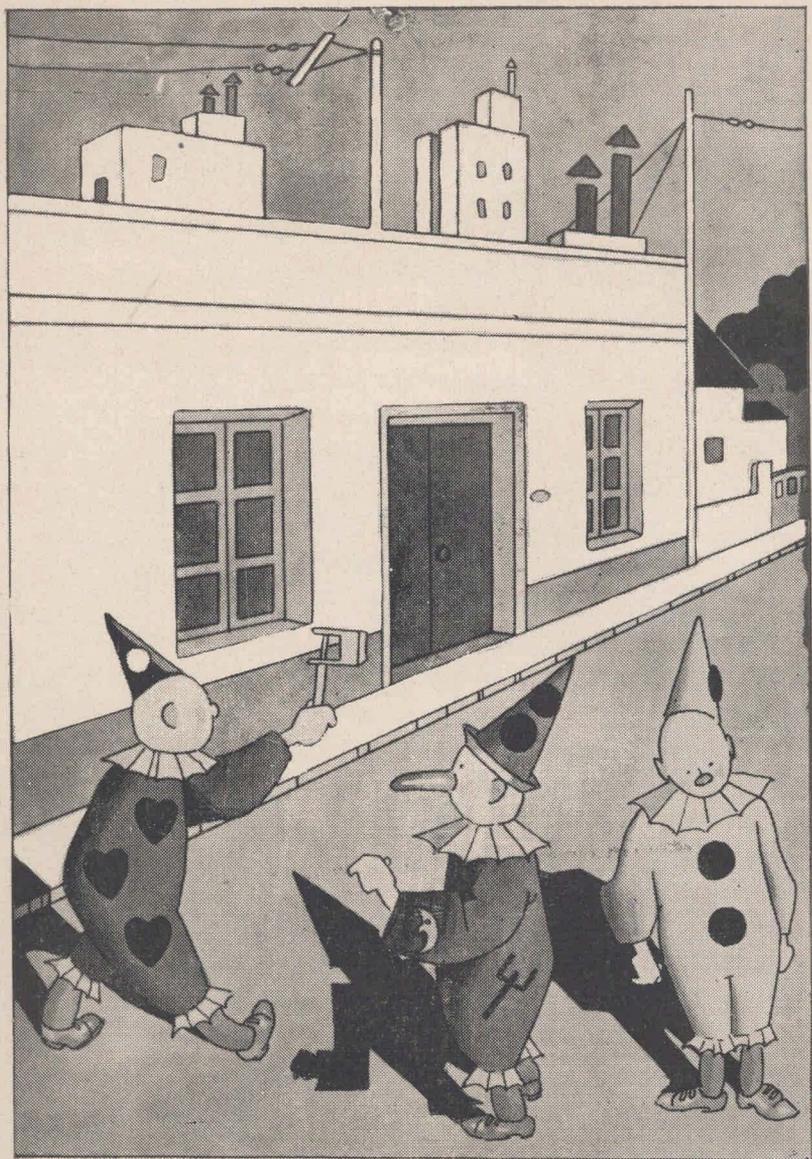
—¡Pobrecito! — exclamó Beatriz —. ¡Si lo hubiésemos sabido!

—Ya han pasado muchos años, — agregó el anciano — mis cabellos negros han encanecido y ya no soy el muchacho travieso de otros tiempos. Adios mis queridas amiguitas; viviré en el bosque sirviendo de guía a las mujeres y a las niñas que intenten cruzarlo, relatándoles la historia de mi vida, para que tengan presente que el malo siempre es un monstruo del cual todos se espantan.

Como ya obscurecía, las niñas tomadas de la mano caminaron cabizbajas y pensativas a sus respectivas casas, sin olvidar la historia del dragón encantado.







¿Treparse? ¿Dónde? Sufría el pobrecito a causa de su incapacidad.....

## El payaso amarillo

Era el primer día de Carnaval. En el patio de una pobre casita, tres niños alborotaban con sus voces y su alegría, al ensayar, por última vez, los chistes, las piruetas y las pruebas con que se lucirían esa tarde en el barrio.

Los tres se disfrazaron de payasos. La madre había consentido en hacerles los trajes, si a su vez, prometían ser juiciosos y no alejarse mucho de la casa.

Alberto, el mayor, era muy hábil en hacer piruetas: sabía sostenerse en tierra, con una mano manteniendo los pies en alto, dar saltos mortales y girar como un trompo.

Entablaba con Carlitos, su hermanito menor, diálogos muy graciosos, porque los dos eran despejados y listos. En cambio, Mario, era tímido. Muchas veces había intentado brincar o hablar con desenvoltura; pero siempre se confundía y abochornaba. Sus hermanitos se mofaban de él.

—¡Cállate! . . . ¡Eres un tonto! No tienes gracia . . .

Y el pobre Mario, convencido de ello, ensayaba por centésima vez su única habilidad: treparse por las lisas columnas de hierro que sostenían el techo de una angosta galería o escalar la pared, valiéndose de sus manos y de sus pies. En esa forma, supo aprovechar los relieves, las cornisas y las hendiduras, con gran alarma de su mamá.

Pasado un rato, el más pequeño corrió hasta la habitación

donde la madre daba los últimos toques a los disfraces. Bulliosos, llegaron detrás de él sus hermanos.

—Mamá ¡ya está listo mi traje?

—¡Y el mío? . . . ¡Ah! ¡Todavía le faltan los botones, mamá!

—¡Tendrás tiempo, mamita, de coserle los pompones de terciopelo negro, al mío . . .?

—¡Sí, hijos, sí! Pronto estarán terminados si Vds. me dejan en paz.

Y ante esa seguridad los niños volvieron de nuevo a sus juegos y a su algazara.

Aquella tarde, cuando los tres payasitos salieron a la calle con sus caras enharinadas y sus vistosos trajes, la madre, desde la puerta, les vió alejarse rodeados de los chiquillos de la vecindad.

Al llegar a la esquina, los payasitos volvieron la cabeza hacia su mamá, quien no desperdició la oportunidad de repetirles su eterna recomendación: — ¡No se alejen mucho, chicos! ¡Cuidado al cruzar las calles!

Pero ellos ya no la oían. Llegaron de prisa hasta la ancha acera de una avenida, para hacer allí gala de sus habilidades.

Al cabo de un rato, Alberto, vestido con traje de cuadros blancos y rojos, ya había asombrado a muchos con sus cabriolas y hecho reír a todos con las respuestas que provocaban en Carlitos, quien, orgulloso de su traje verde y de su bonete blanco, contestaba muy ufano y con voz de falsete.

—¿Cuál es el animal más ridículo?

—El elefante, porque parece que tiene la cola en la cabeza.

—¿Cuál es el más presuntuoso?

—La hormiguita, cuando quiere empujar al elefante . . .

—¿Y el más curioso?

—La girafa, porque quiere asomarse al cielo.

—¿Y el más estúpido?

—El que hace más preguntas . . .

Aparentaba entonces enojarse el payaso de los cuadros rojos, simulando voltear de un cachete al insolente payasito verde.

Volvían a repetirse los saltos difíciles y, luego, Carlitos entonaba picarescamente ciertos cantares andaluces que había aprendido de un vecino:

He de cantar ahora  
Que tengo gana,  
Por si acaso me toca  
Llorar mañana.

Las cositas de este mundo  
Muchos las toman a pecho,  
Yo las tomo con la mano  
Y a la espalda me las echo.

Las risotadas de los chicos del barrio y la sonrisa de las personas mayores que se detenían, entusiasmaban más y más a los payasitos.

En tanto, Mario, tímido dentro de su brillante traje amarillo con pompones negros, habíase quedado quieto. No sabía qué hacer. ¿Treparse? ¿Dónde? Sufría el pobrecito a causa de su incapacidad para ser payaso en la vida, para divertir a la gente. Le parecía oír la mofa de sus hermanos:

—¡Tonto! No tienes gracia . . .

De pronto, alguien señaló hacía el balcón de una casa de altos vecinos. Subido a las rejas, un niño como de cuatro años de edad, reía a carcajadas, gesticulaba y tendía los brazos a las mascaritas. Ignorante del peligro, se asomaba y se asomaba cada vez más, para ver mejor a los payasitos. Un movimiento cualquiera, un

ligero desequilibrio, y el chiquillo caería a la calle . . . ¡Qué angustia!

—¡Bájate! ¡Bájate! — le gritaban.

—¡Cuidado, criatura, cuidado!

—¡Avisen a la madre . . .!

—La madre es la cuidadora de la casa — dijo alguien — y debe estar en los fondos . . .

Y el chico, cada vez más encantado al ver que todos le hacían señas y se dirigían a él las miradas, se asomaba, se asomaba . . .

Algunos de los espectadores enmudecían; otros gritaban. Una mujer del pueblo se colocó debajo del balcón y preparó los brazos como para recibir al niño; otra, llamó desesperadamente a la puerta de la casa . . .

Entonces, en menos tiempo de lo que tarda en contarse el hecho, todos vieron cómo el payaso amarillo, el tímido Mario, trepaba por el tronco de uno de los árboles de la acera, llegaba a las ramas, hacía pié en una moldura, luego en una cornisa, agarrábase a las rejas, pasaba sobre ellas y, dentro del balcón, tomaba al chico en brazos y lo llevaba consigo al interior de la casa.

Un aplauso se oyó en la calle.

Grande debió ser la sorpresa de la madre del chico al ver llegar su hijo hasta la pileta donde lavaba, conduciendo de la mano a un pájaro amarillo. ¡Si parecía cosa de cuentos!

—¡Qué horror! ¿Por dónde has entrado payasito? — preguntó asustada la pobre mujer.

Mario refirió lo sucedido. Al escucharlo, la buena mujer besaba a su hijo; luego a Mario, que le dejaba huellas blancas sobre su cara; volvía a besar a su niño y . . . lloraba. Quiso ir hasta el balcón para que allí mismo le explicara Mario cómo había sucedido aquello . . .

Entretanto, mucha gente se reunió en la calle.

Y al aparecer en el balcón la señora y su hijito junto al

payasito amarillo — que parecía el mismo sol — un fuerte aplauso se dejó oír de nuevo.

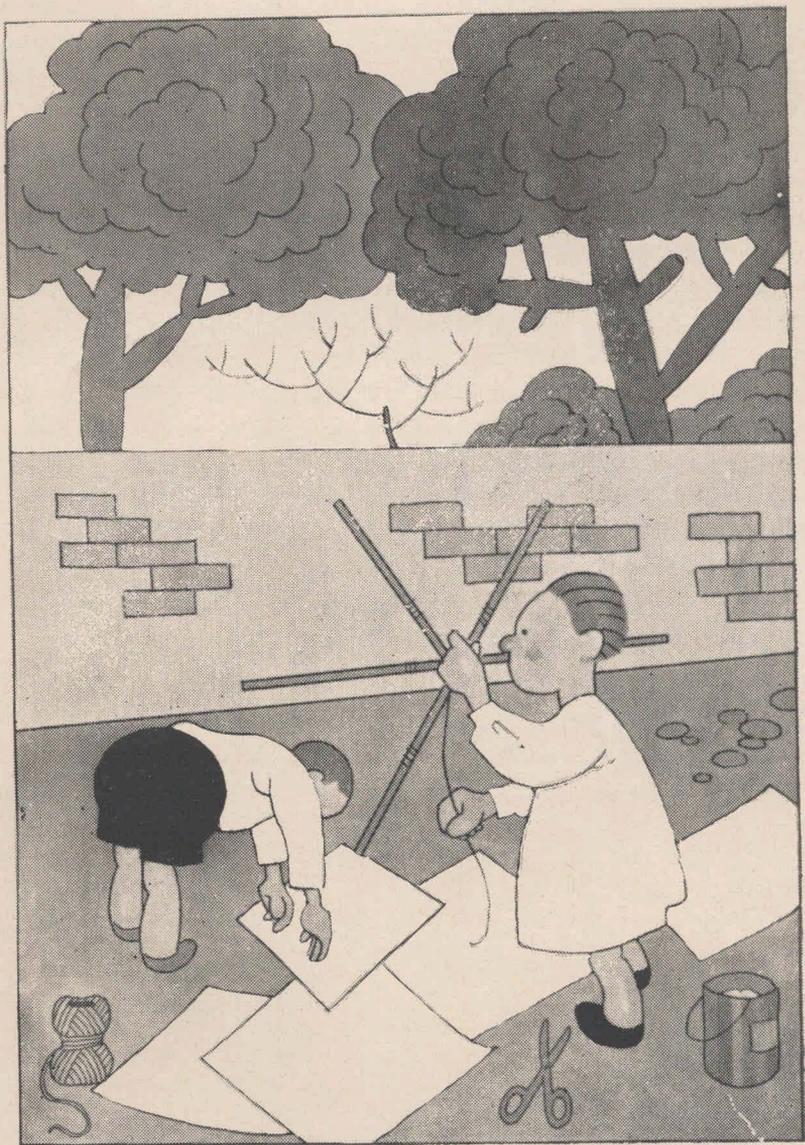
Como es de suponer, la noticia había volado por el barrio. La madre del payaso llegó presurosa. Y cuando la cuidadora de la casa abrió la puerta que daba a la calle para que saliera Mario, las dos madres, cual dos hermanas, se abrazaron llorando.

En tanto, el chico reía gozosamente, sin comprender por cierto, que aquel payasito amarillo como el oro, al cual miraba embelesado, había sido su ángel guardián; que aquella mascarita “sin gracia” — abochornada ya, al ser objeto de la admiración general — guardaba bajo su timidez, un corazón valeroso y decidido cuando se trataba de hacer bien a sus semejantes.









¡Y qué habilidad la de aquellos chicos!

# La bomba y la estrella

(Del tiempo viejo)

Perico se entretenía haciendo una bomba de coleta rosa, mientras Pancho confeccionaba una estrella de papel de barrilete verde. ¿Una bomba? ¿Una estrella?

Sí, señor. Una bomba y una estrella a cual más vistosa y más grande. Era esa precisamente la gran diversión de la muchachada de Buenos Aires, allá por el tiempo en que nuestras papás también eran niños.

¡Y qué habilidad la de aquellos chicos!

Como era Sábado, Perico y Pancho de once y trece años respectivamente se habían instalado en el pasillo junto a la cocina munidos de un plato con engrudo, unos palillos y maderas viejas, unos cuchillos, unos pliegos de papel rosa, amarillo y azul; unos retazos de coleta, dos ovillos de piolín y unas tijeras; todo lo que habían instalado sobre un banco rústico, dispuestos para el trabajo con más entusiasmo que el de ustedes hoy cuando se alistan para un partido de "foot-ball" o una escapadita al cinematógrafo.

Primero: raspe que te raspe los palitos hasta igualarlos y formar una docena de varillas que, entrecruzadas y sujetas con hilo grueso, formarían el esqueleto de la bomba o barrilete monstruo, que Perico pensaba remontar al día siguiente, causando la admiración de todos los chicuelos del barrio. Luego, recortando la coleta con una ligereza asombrosa, le dió unos toques de engrudo,

concluyendo por pegarla sobre el esqueleto de cañitas, como llamaban los chicos a las varillas.

En la misma forma trabajaba Pancho que daba gusto, terminando por formar un barrilete en forma de estrella.

—¿Y las colas Perico?

—¡Cierto! — exclamó su hermano.

—¡Voy a pedir unas tiras de trapo a tía Yaya, porque lo que es mamita no me hará caso.

Y en un trís, allá corrió Perico gritando: — ¡tía Yaya! ¡tía Ya . . . ya!

—¿Qué te pasa muchacho? — se oyó que preguntaba la tía saliendo de la cocina alarmada, enharinada, dejando la mesa de las empanadas que preparaba especialmente para esa noche en que vendría a cenar el Coronel.

—¡Ah, tía! ¿no tendrías unas tiras para la cola del barrilete?

La buena Yaya no hizo más que enderezar para el cajón inferior del armario de nogal de su dormitorio, sacando unos restos de zaraza y percal que refunfuñando entregó a Perico.

—¡Ah . . . muchachos! — Lo de siempre . . . pero, que le vamos hacer: A quién Dios no le da hijos, le da sobrinos.

Perico corrió a terminar su obra diciendo:

—Panchito, aquí tenemos unos trapos, ahora nos faltan los flecos. Apresúrate antes que baje el sol, así los secamos rápido y se los nuestro al Coronel.

Y así diciendo, cortaron unas fajas de diferentes colores que tijeretearon formando unos metros de flecos, los que pegaron en derredor de sus barriletos.

—Bueno, ya está. Llevémoslos al solcito y mañana les colocamos las colas y el piolín.

Perico con la bomba y Pancho con la estrella se encaminaron por fin llenos de gozo al fondo, donde colocaron sobre un banco a los barriletos. Luego se entretuvieron en el patio jugando a la

rayuela con una piedrita, hasta que oyeron la voz de tía Yaya que decía:

—Perico, vamos pronto, a lavarse, que ahorita no más llega su padrino.

—¡Espérese tía! . . . ¡Ya voy! Oh . . . también! Déjenos terminar.

La buena tía Yaya esperó y esperó, hasta que a los niños se les ocurriese ir en busca de los barriletes y por último, determinarse a proceder a la limpieza para sentarse a la mesa.

Unos minutos después, agua, jabón y cepillo por acá y por allá, hasta que los dos criollitos quedaron hechos un encanto.

Tan, tan, tan . . . el llamador — en ese tiempo no teníamos timbre eléctrico —.

—Pase adelante padrino — se oyó que decía Perico.

—¿Cómo te va mi ahijado? ¿Y mi compadre?

—Pase, pase no más para el fondo. Papá está en el segundo patio tomando unos mates.

Allá se encaminó el militar. Todos lo recibieron sonriendo: el gato, restregándose contra el pantalón y el perro, meneando la cola.

Tomaron asiento bajo el parral, junto al aljibe, entre el chillido ensordecedor de los grillos.

—Pues bien, Don Eduardo, quedamos convenidos, mañana se vienen todos a la estancia — oyó Perico, que el Coronel decía a su padre.

Los chicos cambiaron miraditas, pensando en la bomba y la estrella.

¡Qué desilusión! . . . No la podrían remontar después de tanto trabajo. ¿Qué hacer?

Llegó por fin la hora de la cena y allá fueron todos tomando asiento en torno a la mesa que tía Yaya había tendido que daba gusto.

Plato tras plato, a cual más apetitoso.

Pancho y Perico, casi no probaban bocado, permaneciendo mudos y con las caras largas.

—Pero . . . ¿qué les pasa a estos chicos? — preguntó de pronto Don Eduardo.

¡Nada! Los niños no levantaban la vista, hasta que por fin: los padres, el Coronel, tía Yaya y la criada Pola, comenzaron a alarmarse.

—Bueno, bueno hijitos, aquí hay algo — dijo el padre frunciendo el ceño —. Vaya, confiesen ¿qué pasa? Debían estar contentos; mañana salimos para la estancia, podrán andar a caballo, pescar y divertirse en grande.

Inútil; los chicos no hablaban, hasta que el Coronel concluyó por decir:

—¡Ah, sí, por cierto! Me explico. Estos muchachos no han de querer ir a la estancia.

—¿Por qué? — preguntó tía Yaya.

Perico miró de reojo a Pancho al ver que aquello iba tomando proporciones y concluyó por decir:

—Es Pancho que tiene la culpa. No quiere ir.

—No señor — replicó el niño — es Perico.

—No, no y no. A mí me gustaría ir, pero . . .

—¿Pero qué? — preguntó el padre.

—Pero es que . . . que . . . ¿y la bomba?

—¿Qué bomba? — exclamó alarmado el Coronel.

—¿Hay dinamita por alguna parte?

Tía Yaya, Pancho y Perico se echaron a reír y a reír en forma tal, que todos concluyeron por reír en coro, preguntando al fin:

—¿Qué pasa? ¿De qué se ríen?

—Es que . . . no es una bomba de verdad . . . es mi . . . mi barrilete . . . mi bomba — bomba — se atrevió a decir Perico entre risa y más risa.

—Y mi estrella — agregó Pancho.

—Pero no es para tanto — respondió el padre —. Al fin y al cabo pueden llevarlos y remontarlos en la estancia.

—Sí, sí, pero . . . usted no sabe el trabajo que nos costó hacerlas . . . y todo para que los chicos del barrio no los vean — añadió Perico.

—Tonterías. Cosas de muchachos — agregó el Coronel —. Total . . . saldrán ganando. Cuando vuelvan de la estancia, se trae un petizo cada uno. ¡Qué bomba, ni qué estrella! Los chicos del barrio andarán como langostas. ¿Verdad Don Eduardo?

—Por cierto — dijo éste sonriendo.

Perico y Pancho se miraron con tamaños ojos, no pudiendo creer en tanta ventura.

Esa noche no hicieron más que soñar con trotcecitos y galopes, olvidándose por completo de la bomba y la estrella.

Pero pobre tía Yaya, no hacía más que tomarse la cabeza entre las manos, refunfuñando:

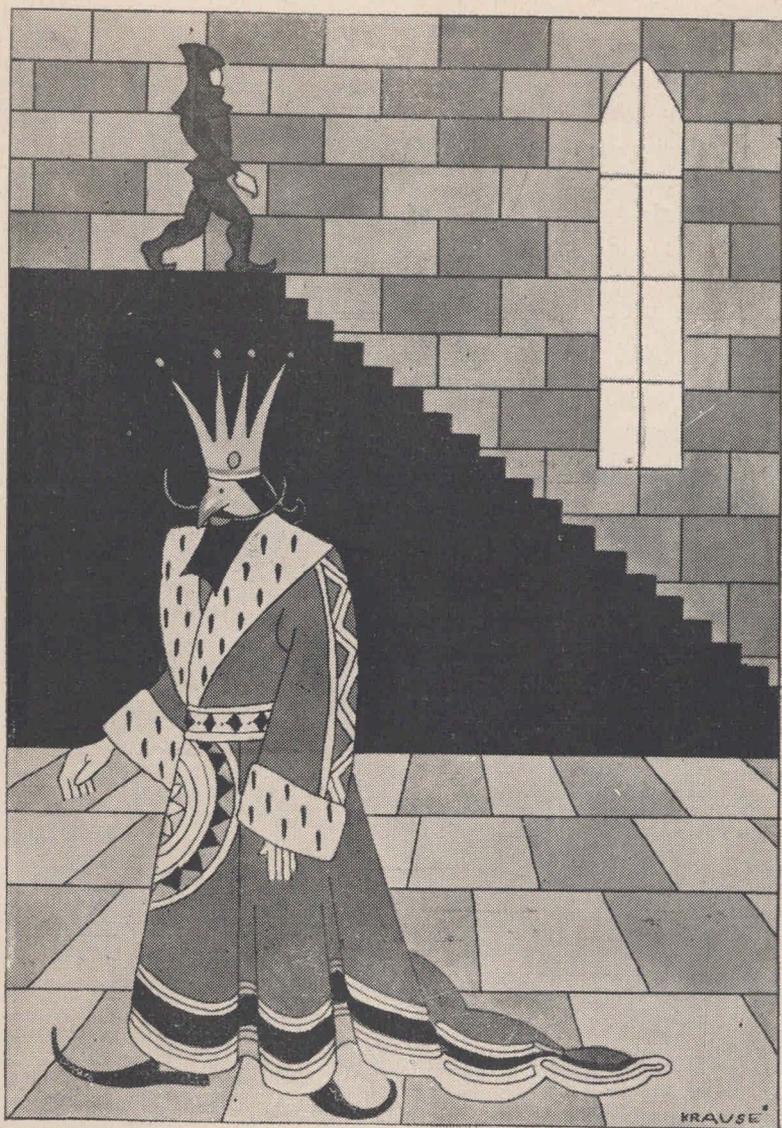
—¡Qué ocurrencia la del Coronel! ¡Cómo que no tendrá que arreglárselas con los chicos! ¿Si se caen? ¿Si se encabritan los petizos? ¿Si disparan? ¡Cómo me harán renegar estos muchachos!

Así son las tías, viven preocupadas por la suerte de sus sobrinos: las de antaño, como las de ahora ¡benditas sean!









Ese Rey, tenía dos hijas: Perlagris y Perlazul.....

## Las princesitas gemelas

Había una vez, un Rey muy amigo del oro; su codicia espantó tanto a las Hadas, que resolvieron darle una buena lección.

Ese Rey, tenía dos hijas: Perlagris y Perlazul. Las Hadas que todo lo pueden, resolvieron encantarlas cuando aún eran muy pequeñuelas, haciéndolas perfectamente iguales; de modo que, resultaron gemelas.

Cuando reía la una, reía la otra; cuando lloraba la una, lloraba naturalmente la otra; cuando despertaba la una, despertaba infaliblemente la otra; cuando jugaba la una, jugaba indudablemente la otra... y cuando no era una, no era por supuesto la otra.

—Pero Doctor ¿no habrá algo que me permita saber cuál es Perlazul y cuál Perlagris? — preguntó el Rey al médico de la Corte.

—Nada mi Rey — respondió el Doctor —. He observado a las princesitas y las encuentro: no parecidas, sino iguales.

—Lo peor es que no puedo diferenciarlas, — agregó el Rey — ni con adornos, ni con señales, ni con trajes, porque las pobrecitas están encantadas.

—No lo dudo — replicó el médico —. Sólo las Hadas podrían realizar un milagro, para que no se las confunda.

El Rey quedó pensativo, recordando que Perlagris sufría muchas veces los castigos que merecía Perlazul y Perlazul los besos que destinaba a Perlagris.

Si se estrellaba una porcelana artística, ya los lacayos exclamaban:

—¡Ah . . . ! ¡qué horror! . . . Han de ser las princesitas.

—¿Eres tú, Perlagrís?

—¡Yo! No . . . ¡qué voy a ser yo! . . . es Perlazul.

—¿Eres tú, Perlazul?

—¡Yo! No . . . ¡qué voy a ser yo! . . . es Perlagrís.

Si vestían a la una de rosa y a la otra de azul, al instante el traje azul cambiaba en color rosa. Si pintaban un lunarcito en la mejilla de Perlagrís, a Perlazul le aparecía uno igualito.

¿Qué hacer? Si se lastimaba una, la otra amanecía con la misma cicatriz.

Ya desesperado, el Rey decidió separarlas, enviando una al palacio de su abuelita; pero . . . ¡oh sorpresa! al día siguiente la encontró de nuevo junto a su hermanita.

Sin embargo, ese par de graciosas miniaturas, constituían el mejor y más apreciado adorno de la Corte y del pueblo.

En los paseos, en los bailes y en las comidas, todos admiraban y felicitaban al Rey, cuando aparecía seguido por las gemelas encantadoras, de caritas sonrientes graciosamente engalanadas con unos oyuelos picarones.

Sus rizos dorados, sus ojos azules, sus ñatitas impertinentes y sus labios de coral eran perfectamente iguales.

Zapatos, trajes, guantes, lazos y joyas adornaban por igual a las princesitas.

Los invitados al palacio se entretenían en adivinar quien era Perlagrís y quien Perlazul, chasqueándose con frecuencia.

Al confundirlas, las pequeñuelas protestaban diciendo:

—“Si yo no soy Perlagrís” — o bien “Si yo no soy Perlazul” — lo que causaba gran hilaridad entre la concurrencia.

A veces, para reconocerlas, las señalaban con algún distintivo, pero todo era inútil: si prendían una rosa en los cabellos de Perlagrís, al instante aparecía una igual sobre los rizos de Perlazul.

Un buen día llegó un Príncipe al palacio y propuso un plan

para obtener mucho dinero. El Rey sintióse tan feliz, que preparó una gran recepción en honor del Príncipe.

En lo mejor de la fiesta, llamó a Perlazul y le colocó unas monedas de oro en su bolsita de mano. El propósito del Rey, era la idea del Príncipe, es decir: que aumentase su fortuna, sabiendo que al instante aparecería la misma cantidad en la bolsita de Perlagrís. En efecto, cual no sería el asombro de los invitados al ver que cuanto oro dejaban en una de las princesas se reproducía en la otra.

Todos celebraron con grandes aplausos la ocurrencia del Príncipe y felicitaron al Rey, creyéndolo el más afortunado del mundo.

Esa noche, el Rey no durmió pensando en las cantidades de oro que llegaría a poseer.

Al día siguiente, pidió a una dama que confeccionase dos sacos de cuero del tamaño de las gemelas y que se los sujetase al cuello de las mismas.

Así listas, aparecieron las princesitas frente al Rey y éste, ordenó a su tesorero que llenase uno de los sacos con monedas de oro, para que al punto, se cubriese el otro por sí solo.

Y en realidad, a medida que se iba llenando uno, se cubría el otro. El Rey no podía disimular su alegría: abría desmesuradamente los ojos, se estregaba las manos, golpeaba el piso con sus enormes zapatos de terciopelo rojo, se mordía los labios y a pesar de que los sacos estaban casi llenos, no se atrevía a detener la tarea del tesorero.

Dominado por la codicia, se olvidó de las pequeñuelas; éstas, abrumadas por el peso del oro, perdieron las fuerzas y debilitadas, cayeron de pronto al suelo sin proferir un quejido.

El Rey pareció despertar de un sueño: saltó del asiento para levantar a las princesitas; pero todo fué en vano.

En sus rostros angelicales retratábase un dolor intenso, por

lo que el tesorero, corrió en busca del médico de la Corte, el que tampoco pudo hacer nada por ellas. Las gemelas parecían dormir para siempre. Las campanas dejaron oír un tañido monótono y tristón, señal de que ocurría algo grave. El pueblo se amotinó frente al palacio y en seguida corrió la noticia de que la codicia del Rey había causado un sufrimiento espantoso a las princesitas, las que rendidas por el esfuerzo, parecían dormir para siempre.

El pueblo horrorizado, no quería creer lo que oía y pedía a gritos la presencia del Rey en los balcones del palacio, para que relatase con su propia voz lo sucedido.

El desgraciado Rey envejeció de pronto: sus cabellos negros se tornaron grises, su rostro se cubrió de surcos y su cuerpo quedó agobiado al darse cuenta que la codicia le había arrebatado las dos princesitas que eran todo el orgullo de la Corte y del pueblo. Sostenido por dos lacayos apareció en uno de los balcones y con voz acongojada pidió perdón a su pueblo, manifestando que repartiría el oro entre los pobres y que su palacio lo convertiría en un hospital, para luego retirarse a vivir en una humilde cabaña. Todos quedaron cabizbajos e impresionados al notar su transformación y su arrepentimiento.

No bien hubo terminado de hablar, las campanas volvieron a dejar oír su tañido; pero esta vez, alegre y animado, presagio de algo feliz.

En efecto, las princesitas habían despertado y al correr en busca de su padre el Rey, lo hallaron en el balcón.

El pueblo al reconocerlas batió palmas; los hombres echaron los sombreros al aire, mientras las mujeres y los niños lloraban de alegría.

Pero las princesitas ya se diferenciaban, sin perder su belleza. Perlagrís conservaba sus rizos, blondos y sus ojos, azules; Perlazul tenía ahora sus cabellos, negros y sus ojos, pardos.

El Rey, sin recobrar su juventud, abrazó a sus hijitas gemelas, prometiendo ser el más generoso de los soberanos y el más cariñoso de los padres. Conforme a lo manifestado quiso retirarse del palacio; pero sus súbditos no se lo permitieron.

Con los sacos cargados de oro hizo construir hospitales y colegios regios de los que fueron madrinas: Perlagrís y Perlazul, entre las aclamaciones de una multitud, reconocida a la generosidad de su Rey y de sus princesas. El mismo día, las Hadas celebraron en el país de las Maravillas, el efecto de la buena lección que habían dado al Rey, por su codicia insaciable, dispuestas a corregir a todo monarca que sufriese del mismo mal.









—¿Miedo? No lo conozco. Soy la Bruja de la Montaña.

## La bruja de la montaña

En la esquina de una calle muy ancha, bajo la sombra de un árbol, una niña de once años cantaba como los pajaritos, moviendo de un lado para otro, una canastilla llena de flores. Pedía que le comprasen unos ramilletes, porque aunque sus ojos eran muy grandes y muy negros, la pobrecita no veía nada: era ciega.

La cabeza ostentaba una guirnalda de pensamientos; por entre la cual, se enredaban una porción de bucles dorados como el sol. Sus piés desnudos daban saltitos de un lado a otro, al compás de una canción muy bonita que ella misma entonaba. Los transeuntes le colocaban moneditas en los bolsillos de su negro delantal, sacándole una que otra flor de la linda canastilla.

Un buen señor que acertó a pasar del brazo de su esposa, se detuvo al oír la voz de la ciega, y acercándose, le pidió un ramito de violetas, llenándole el bolsillo de monedas.

La niña sonrió, dió las gracias y siguió cantando.

La señora gustó tanto de la cieguita, que acercándose de nuevo le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Lira—dijo sonriendo la florista.

—¿Dónde vives?

—Entre las plantas.

La señora reflexionó un instante y como residía en una gran quinta y no tenía hijos, pidió a la ciega que la siguiera y la llamase “mamá”.

Lira se sintió contentísima, porque desde ese día, lo pasó regando las plantas del gran jardín, trepándose a los árboles, cantando como los pajaritos y confeccionando preciosos ramilletes con los que adornaba la casa de su nueva mamá.

Naturalmente que los árboles se llenaron de nidos, las ramas se cargaron de frutos, los arbustos se tupieron de flores, las enredaderas cubrieron hasta los muros vecinos, el estanque se cubrió de pececillos de variados colores y el jardín concluyó por ser el más hermoso de la ciudad.

Un buen día que paseaban los tres, los sorprendió una gran tormenta al cruzar un lugar tupido de árboles.

En medio de la obscuridad, distinguieron una lucecita y al acercarse se encontraron frente a una cueva donde ardía un fuego entre las piedras.

A un lado, descansaba un animal semejante a un perro; era un lobo que los miró echando chispas por los ojos.

Como Lira era ciega, no se asustó; pero sus padres, temblando de miedo no sabían si entrar a la cueva o quedarse bajo el agua torrencial que los azotaba sin piedad.

Por fin entraron. ¡Cual no sería la sorpresa de ambos al ver una anciana en aquella cueva! ¡Y qué anciana! De cutis verduoso, labios amoratados, dientes amarillos, cabello gris en mechones sobre la frente, ojos negros de mirada fija, manos huesudas, uñas largas y puntiagudas como espinas y un cuerpo agobiado bajo un montón de harapos.

Al ver a los recién llegados, preguntó:

—¿Quién viene?

Lira que no veía, le respondió cantando:

—Nos ha tomado la tormenta, buena Señora, quisiéramos descansar un rato junto al calor de su fuego.

Al oírla, el lobo se levantó mostrando los dientes; pero la viejecita, encantada con la voz dulce y cariñosa de Lira, gritó al animal:

—¡Abajo! — El lobo se arrolló entonces entre la cola, tal como lo hacen los gatos, contentándose con mirarlos de reojo.

En seguida, la viejecita agregó:

—Acérquense al fuego, aunque para decirles la verdad, no soy amiga de las visitas. Mis compañeros son: el lobo, los sapos, la lechuza y la víbora. Pero . . . esa nena parece muy buena y por ella, estoy dispuesta a cualquier cosa.

—¿La molestaremos sin duda? ¿Hace mucho tiempo que vive Vd. aquí? ¿No tiene miedo a las fieras? — se atrevió a preguntar Lira.

—¿Miedo? No lo conozco. Soy la Bruja de la Montaña.

Como ya comenzaba a pasar la tormenta, los tres pensaron dejar la cueva. De pronto, el señor alcanzó a distinguir una gran víbora de vistosos colores, por debajo de una de las piedras.

El reptil se arrastraba sin dejar de silbar y levantar la cabeza, como dispuesto a saltar.

El papá de Lira, no titubeó un instante y tomó una piedra para lanzarla contra el animal, exclamando al mismo tiempo.

—Bruja infame: no deje acercar la víbora porque la mataré de un golpe.

La viejecita muy tranquila le contestó:

—Pero . . . si no tiene veneno ¿por qué se asusta?

En eso, se oyó un golpe terrible y la víbora quedó aplastada bajo el peso de la piedra que acababan de arrojarle.

La Bruja de la Montaña se incorporó presa de la mayor furia, tomó una rama espinosa y sollozando les dijo:

—Los he albergado para que no sufrieran la violencia del temporal. ¿Qué han hecho Vds. en cambio? ¡Han muerto a la víbora que limpiaba mi cueva, comiendo los insectos que se multiplicaban bajo las piedras, que alejaba con sus silbidos a las fieras, que era mi guardián y mi sostén! Como castigo, las montañas despedirán

nubes de agua y de polvo, los perseguirá la tormenta, enloqueciéndolos hasta ahogarlos.

—¡Qué has hecho, papá! — exclamó Lira.

—¡Has dado muerte a un animal! ¡Has causado pena a la buena señora que nos ha resguardado de la lluvia!

En eso brilló un relámpago, se oyó un trueno espantoso y comenzó a caer un aguacero terrible acompañado de sapos y lagartos.

La Bruja de la Montaña, nunca se había oído llamar “buena señora”, tal como acababa de llamarla Lira, así es que al escuchar esas palabras bondadosas no quiso hacerle daño.

Tomó entonces un manojo de plumitas que guardaba en un bolsillo y las arrojó sobre la niña, diciéndole:

—Eres tan buena como hermosa y no debes vivir con esa gente tan ingrata. Serás uno de los pajarillos más lindos y más cantores.

Lira sintió que las piernas se le afinaban, que sus brazos se cubrían de plumas convirtiéndose en alas, que su rostro endurecía transformándose en un piquito y que sus ojos . . . ¡sus ojos! . . . esos ojos que antes no veían, recuperaban la vista. Desesperada buscaba las hojas, las flores y el sol . . . ¡el sol! . . . el sol radiante a quién tanto había deseado conocer. La cieguita había recobrado la vista; pero se había convertido en pajarillo.

Al querer levantarse, sus alas se abrieron y la llevaron muy alto hasta donde dormía la lechuza.

Mientras tanto, sus padres adoptivos se perdieron entre el agua y el granizo de la tormenta que los volvió a azotar.

Un sol resplandeciente brilló en la cueva y la niña, convertida en pajarito salió volando hasta detenerse en la rama de un naranjo.

Entonó un himno con sus trinos y suplicó al sol que acompañase a sus padres, para que no sufrieran las furias de la tor-

menta. Ellos también habían sido buenos con ella y no podía ser una ingrata.

Sus ojitos no se cansaron de admirar la hermosura de los árboles y de las plantas. Abriendo el pico, cantó, silbó y aleteó más alegre que nunca al sentirse libre y dueña de los jardines, de los bosques y de las fuentes.

Con frecuencia visitaba la quinta de sus padres, alegrándolos con sus sonoros trinos.

Todas las mañanas, antes de zambullirse en los charquitos que hallaba a su paso, volaba hacia la cueva de la Bruja de la Montaña para despertarla con sus gorjeos maravillosos.

Esta, en cambio, le arrojaba manojos de guindas que Lira picoteaba con deleite, entre saltito y saltito, pensando que las brujas no son malas; se enojan tal vez, pero sólo cuando les hacen daño.









—Dime Leticia ¿qué piensas hacer para noche buena?

## Leticia y su padrino

Doña Mercedes es una de las señoras más pudientes de Buenos Aires; reside en un palacete con salas, cortinas y rincones en tanta cantidad que más de un centenar de chiquillas que yo conozco los aprovecharía en grande para jugar al escondite, a los ladrones o a la piedra libre. Pero ahí, no se juega; ahí Doña Mercedes recibe a las visitas, una o dos veces por mes.

Los demás días, los mucamos y mucamas aparecen y desaparecen de vez en cuando por entre los cortinados como si fuesen fantasmas en medio del mayor silencio. Sin embargo, Doña Mercedes tiene una hijita de diez años más hermosa que el mismo palacete con todas sus riquezas, que si corretease por los salones, los llenaría de alegría con la sonrisa bondadosa que ilumina su semblante de ángel.

Leticia, que así se llama la niña, prefiere jugar y saltar por entre las plantas del parque en derredor de las fuentes y las estatuas cuando el sol brilla en todo su esplendor, o encerrarse en la salita de estudio, hojeando y leyendo las revistas y los libros de cuentos maravillosos.

No hace muchos días, el padrino de Leticia llegó al palacete de Doña Mercedes y entre otras cosas, preguntó a su ahijada.

—Díme Leticia ¿qué piensas hacer para noche buena?

—¡ Ah padrino! — contestó la niña —. Quisiera hacer muchas cosas, pero necesito que alguno me ayude.

—Pídeme lo que quieras y desde ya, te prometo que lo ten-

drás — le respondió el caballero encantado de poder hacer algo para dejar muy contenta a su ahijada.

Leticia se le acercó en puntillas y con su boquita de clavel rojo junto al oído del buen señor, se atrevió a decirle muy dulcemente.

—Quisiera . . . quisiera . . . que me viniese a buscar en su automóvil muy tempranito, para llevarlo donde yo necesito que me acompañe.

No bien hubo terminado, la niña retrocedió de un salto mirando de reojo a su padrino.

El caballero la llamó a su lado y dándole un beso en la frente, le dijo:

—Convenido, mi encantadora Leticia, el veinticuatro me apareceré aquí, para llevarte donde quieras.

Llegó el día prometido; y Leticia, desde muy temprano, esperaba a su padrino en el parque, graciosamente vestida de rosa desde la cabeza a los pies. Por fin se detuvo el anhelado automóvil, se abrió la portezuela y la niña de un salto vióse sentada junto a su buen padrino.

—Y bien ¿a dónde vamos? — preguntó el caballero.

—A la juguetería más grande y mejor surtida de Buenos Aires y luego . . . a la confitería más lujosa — ordenó la pequeñuela.

Una vez en los lugares indicados, el padrino fué comprando lo que su ahijada elegía: libros de cuentos, cartones de tiro al blanco, juegos de paciencia, botes, pelotas, cornetas, riendas y muchas otras cosas que fueron colocadas en el automóvil.

Al encontrarse en medio de todo eso, el padrino asombrado le preguntó:

—Díme Leticia ¿podría saber qué piensas hacer con tantos juguetes? Me parece que no has elegido lo más propio para una niña, pues estos son entretenimientos propios de un varón.

—¡Ah padrino! ¿no sabe Vd. para qué los quiero? ¿para qué me pueden servir juguetes como estos? ¡Tengo tantos y tan lindos, que ya no caben en mi departamento! Y además, los Reyes me traerán muchísimos. Yo he oído decir y he leído en las revistas que hay muchos niños que no tienen padres ni padrinos y que a veces se colecta dinero para comprarles juguetes. ¿No le parece que yo podría hacer de cuenta que soy una hada que llega de repente a la casa de esos niños cargada de juguetes y golosinas? Me vestiré de blanco, me colocaré una estrella brillante en la frente y al caminar, me apoyaré en una varita plateada. Vd. . . que es tan bueno y todo lo sabe, me acompañará a una de esas casas donde viven los niños sin familia. Pero . . . ahora que me acuerdo . . . me faltan los dulces. Compraremos caramelos y masitas para que la fiesta sea completa.

Leticia terminó de hablar con el rostro iluminado por la alegría de su corazón generoso.

El padrino, sin saber qué decirle, pensó también en los niños sin hogar y compró más dulces de los que pensaba.

Esa noche Leticia se vistió de hada y acompañada por su padrino, apareció en una casa donde se albergaban más de cuarenta niños.

Naturalmente que la recibieron encantados haciendo un gran alboroto al verse dueños de los juguetes y golosinas que les repartía Leticia.

Los niños le regalaron en cambio, unos jazmines y la invitaron con una taza de chocolate que Leticia saboreó con mucho gusto, diciendo que era la más rica que había bebido hasta esa fecha.

Al día siguiente, estuve en su casa, y después de besarla, pregunté a Doña Mercedes:

—¿Qué tiene Leticia hoy? La encuentro más linda y más encantadora que otras veces.

Después de tomar asiento, Doña Mercedes me contó la historia que les acabo de referir, preguntándome al fin:

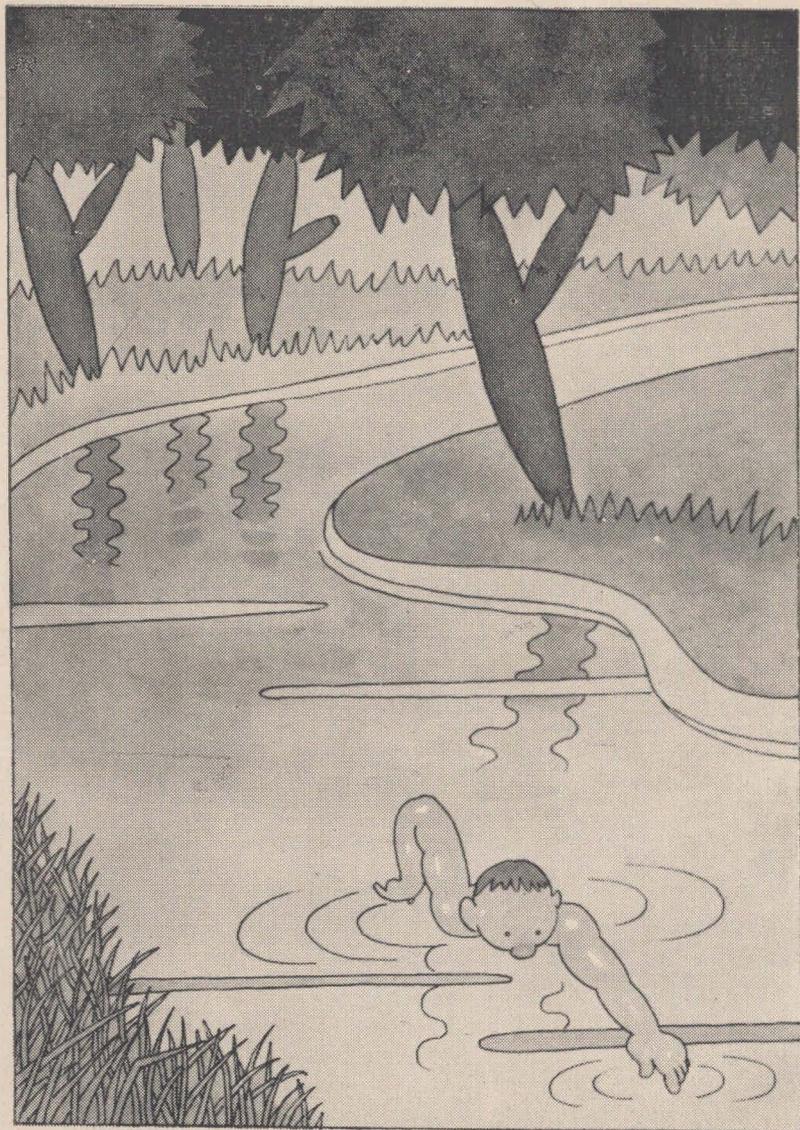
• ¿No sabe ahora por qué Leticia está más linda que otras veces? Pues bien se explica, después de haber causado placer a una cantidad de niños sin padre y sin familia, dejando entre sus manos: juguetes, libros y golosinas, más el recuerdo de una sorpresa. Su alegría y satisfacción la han embellecido mucho más, que si la hubiese vestido con los trajes más ricos y las joyas más valiosas.

Así habló Doña Mercedes.

Yo me quedé pensando que si las porteñitas pudientes como Leticia quisieran ser aún mucho más hermosas y vivir más contentas, se disfrazarían de hadas una que otra vez llenando así de alegría el corazón de los niños que no tienen padres y quienes como los demás, son locos por juguetes y golosinas.







Algunos de los bañistas se arrojaron al agua.....

## El quintón de Don Rómulo

No muy lejos de la ciudad se extiende una gran quinta muy visitada por las familias del pueblito vecino.

¿Por qué visitan la quinta y esperan con afán los días de fiesta para acudir a ella? — No es un secreto. La quinta encierra encantos que no los hay en los parques, ni en las lujosas propiedades de los alrededores.

Un caminito natural; seco y polvoriento, cuando no, húmedo y barroso, entre cercos de zarzas, cardales y abrojos nos lleva hasta el portón de la quinta de Don Rómulo. ¿Portón? Mejor diremos: tranquera. Árboles, arbustos y enredaderas circundan en tupido desorden aquella entrada.

Un perrito blanco y lanudo recibe a los que se atreven a cruzar la tranquera, ensordeciéndolos con su ladrido estridente y un chajá vigilante levanta con orgullo la cabeza, atisbando con desconfianza a los intrusos.

En eso, el dueño de casa, con la sencillez hospitalaria de nuestros abuelos, aparece sonriente con un gran sombrero de paja rústico, en mangas de camisa, una ramita en la mano y un cuchillo al cinto. Este es Don Rómulo, que al respirar salud en su rostro curtido por el aire y el sol, recibe a las visitas con la cortesía del porteño modesto y franco. Sean dos, sean veinte o cien los recién llegados, se sienten al punto como en su casa al pisar el quintón de Don Rómulo.

Aquí ocurren muchas cosas, como es natural. Voy a referir

una de ellas. Cerca del lugar, reside Marcos con sus abuelos. ¿Quién es Marcos? Pues un niño de diez años: rubio, de ojos claros, delgadito, de aspecto enfermizo y pobremente vestido.

En los ranchos y casitas vecinas, también hay otros niños que por las tardes corretean y juegan juntos, llenos de vida y alegría. Estos picaruelos, acostumbraban a burlarse de Marcos, por el hecho de que no tenía bastante fuerza.

Leandro, el más atrevido, lo invitó una mañana a luchar, sabiendo perfectamente que Marcos no podría resistirlo.

Los demás pilletes, hicieron rueda para presenciar la lucha. Al poco rato: ¡pim! ¡pam! . . . Marcos yacía en el suelo sin fuerza para levantarse.

—Lo llevaremos al río para que despierte — exclamó uno de ellos.

Y así diciendo, arrastraron al niño hasta las orillas del arroyo que cruza el quintón de Don Rómulo, zambulléndolo repetidas veces.

Marcos pretendió deshacerse, pero le fué imposible.

—Ya tiene suficiente — dijo uno de los del grupo. —Esto lo enseñará a ser más valiente.

Marcos quedó solito junto a las aguas del arroyo, mientras sus compañeros se retiraban saltando y silbando por entre las zarzas del lugar.

Al obscurecer, Marcos regresó al rancho de sus abuelos. Fatigado y tristón, tomó un libro y, sin decir una palabra, sentóse en un banquito junto al fogón, en la pieza que le servía de cocina y comedor.

Después de unos minutos levantó la cabeza lentamente al oír los pasos de su abuelo Pancho.

Con el rostro bañado en lágrimas así le habló:

—Díme abuelito ¿será posible que yo sea un cobarde? Soy

débil; las fuerzas no me alcanzan para derrotar a mis compañeros. ¿No he de ser jamás un valiente?

El anciano lo miró con extrañeza, sospechando que algo había ocurrido. —¿Por qué dudas y lloras Marcos? No pienses tales tonterías. Hay muchísimos hombres que han llamado la atención por su valor, y sin embargo, no eran fuertes. Jamás estuvieron entre las balas, no se armaron con fusiles, ni lucharon con los puños. Escucha: se precisa más valor para soportar en silencio los insultos y las bromas de un mal compañero y aún más, para soportar los dolores sin quejarse.

Marcos durmió tranquilo esa noche y los días subsiguientes se apartó de sus camaradas. Resolvió jugar solo, trepando lentamente los árboles, arrojando piedras al agua, cortando ramas y ayudando a su abuelito en la faena diaria. Durante sus andanzas, trabó amistad con un peón de Don Rómulo; un correntino moreno, delgado y ágil. Como buen correntino animó a Marcos a bañarse en el arroyo y así, ambos se arrojaban al agua todas las tardes divirtiéndose en grande.

El correntino enseñó a Marcos toda clase de piruetas: se zambullían, hacían la plancha, nadaban, perseguían los troncos flotantes, jugaban al escondite, simulaban salvamento, bañaban los perros y navegaban en un botecito rústico donde practicaban pruebas muy difíciles.

Marcos resultó un nadador admirable y su salud mejoró notablemente.

Un hermoso día de fiesta, el niño estaba como de costumbre junto al arroyo esperando al correntino. Desde donde se hallaba, alcanzó a ver a dos cuadras de distancia: hombres, mujeres y niños que bajo los sauces, bailaban, comían y se preparaban para disfrutar de un baño en las aguas del arroyo.

Por cierto que no le extrañó, y dijo para sí:

—Como de costumbre, son visitas en el quintón de Don Ró-

mulo. Es un día de fiesta y deben haber llegado las familias del pueblito vecino.

No bien hubo dicho esto, notó que una cantidad de personas corrían de un lado para otro sin saber qué hacer.

Se puso de pié, trepó al árbol y alcanzó a distinguir un bote vacío que se acercaba y unas burbujas raras en el agua.

Al punto una voz desesperada exclamó. —¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Salven a Coquito!

Algunos de los bañistas se arrojaron al agua, pero no tan ligero como Marcos que de un salto hallóse junto al bote. Todos se detuvieron espantados y, en el mayor silencio observaron una figurita delgada que poco a poco parecía acercarse a la orilla luchando con la corriente. ¿Quién podría ser? Alguno reconoció entonces al delicado Marcos que con un brazo sostenía una criatura, y con el otro, apartaba los escollos del camino tratando de sostenerse a duras penas.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Cuando aún con la boca semiabierta, los visitantes alcanzaron a distinguir otra persona que nadaba junto a Marcos y lo sostenía en su empresa. ¿Quién era? Pues bien, fácil descubrirlo: el correntino.

El generoso peón, levantó a Marcos y a la criatura salvada, no bien llegaron a la orilla, en momentos que todos se le acercaban inquietos.

El salvado, un niño de cinco años, que sin ser visto se había aventurado a pasear en el bote, llegó sin un rasguño a los brazos de su madre que lo besó llorando de alegría.

Marcos fué conducido hasta el rancho de su abuelo en uno de los varios automóviles que ahí se hallaban; pues extenuado ante el esfuerzo que había hecho, no podía dar ni un paso.

Marcos estuvo enfermo varios días; y los niños que tanto se

habían burlado de él un año antes, lo visitaron con frecuencia sin cansarse de alabar su valor.

Una vez sano, se realizó una gran fiesta en su honor a orillas del arroyo que atraviesa el quintón de Don Rómulo. Prepararon unos lechones y corderos al asador, seguidos de una mazamorra exquisita.

El abuelo de Marcos relató varios cuentos y terminó besando a su nieto al decirle: —“El verdadero valor se prueba en la hora del peligro, tal como tú lo demostraste en el incidente que te ha valido esta simpática fiesta”.

Todos los asistentes aplaudieron y vivaron a Marcos, a su abuelo y a Don Rómulo por su reconocida y cortés hospitalidad, prometiendo visitarlo muy pronto.



# INDICE

---

	<u>Pág.</u>
Dina y su perro . . . . .	5
Elda y Ondina . . . . .	9
La princesa desaparecida . . . . .	13
El "Moro" mascota . . . . .	17
El gran premio . . . . .	21
El dragón del bosque . . . . .	27
El payaso amarillo . . . . .	31
La bomba y la estrella . . . . .	37
Las princesitas gemelas . . . . .	43
La bruja de la montaña . . . . .	49
Leticia y su padrino . . . . .	55
El quintón de don Rómulo . . . . .	59



SC  
LW  
1931  
SMI



IMPRESA FENIX  
LAVALLE 1636